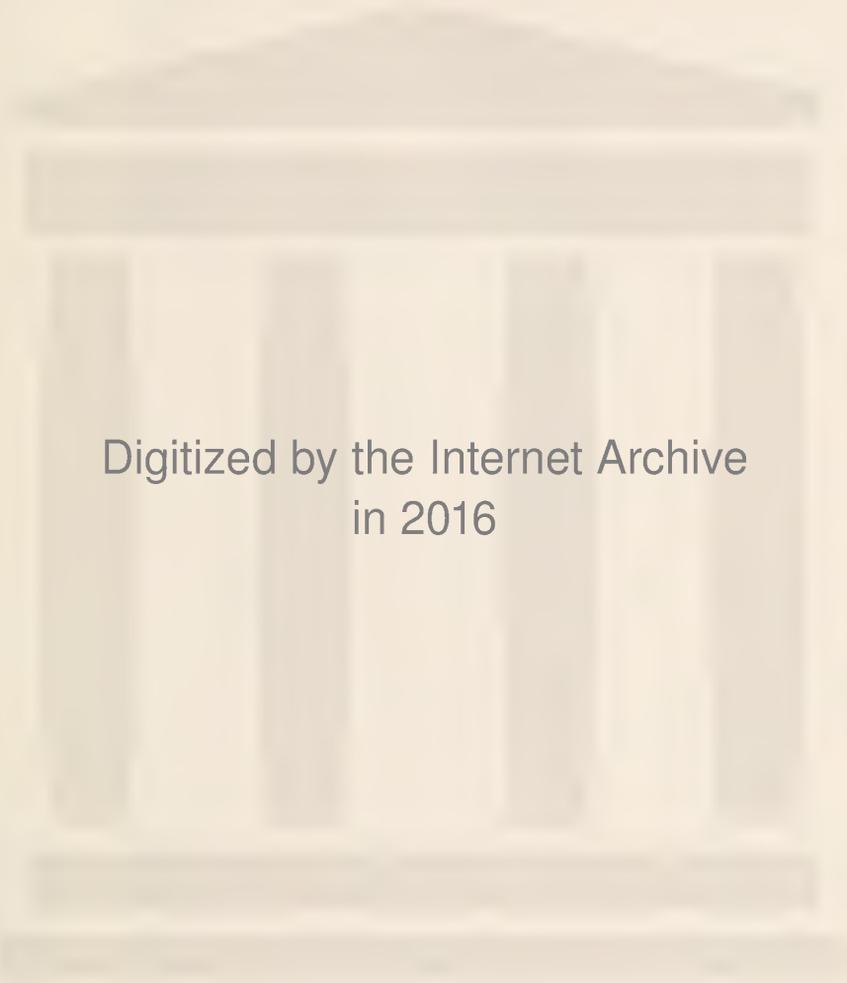


PER BR7 .S65

Solidaridad.



Digitized by the Internet Archive  
in 2016

<https://archive.org/details/solidaridad1121unse>



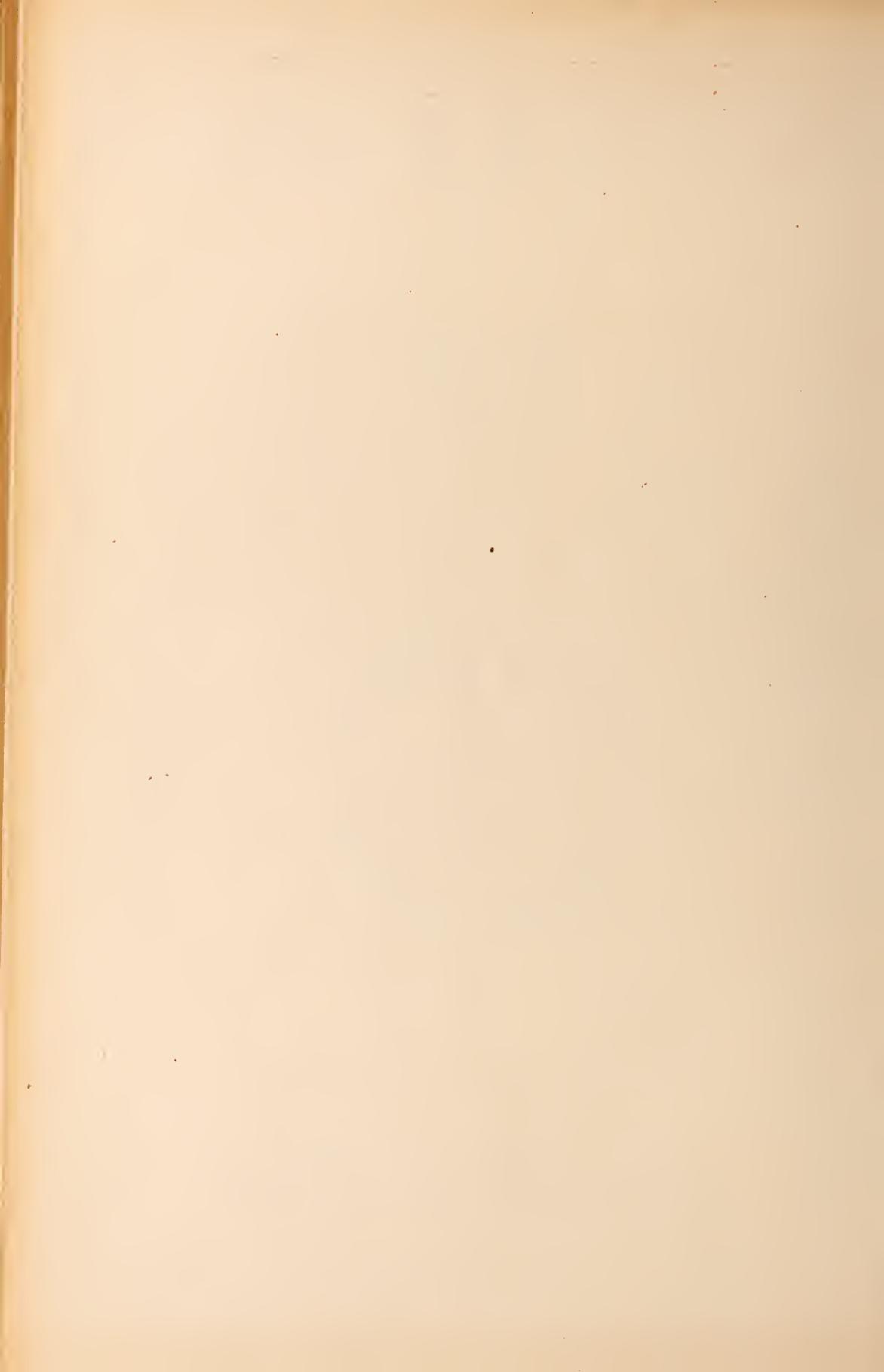
# Solidaridad

12



Septiembre 1944

B U E N O S      A I R E S



VENTA DE REPTAS Y PERIFONEOS  
NO OLVIDAR  
MI SATELITE  
dejar, un poco de fuerza de  
su agudo.

# La Iglesia Católica y América

A

AMÉRICA es una afirmación del hombre. El "americanismo" es una deformación del hombre. La afirmación americana del hombre se traduce en tres valores capitales para la contribución del nuevo mundo, el mundo perenne de las ideas y de los acontecimientos: *la Personalidad, la Libertad, la Amistad.*

La deformación americanista del hombre se traduce por *individualismo, naturalismo y atavismo.*

Lo que la Iglesia significa para América, a mi modo de ver, es la defensa de esos valores de afirmación humana positiva, contra los factores de deformación inhumana y negativa.

El "americanismo" es el más grande enemigo de América, porque después de haber producido la disolución de todos los elementos sanos de su formación cultural y de haber llevado el Nuevo Mundo al estado de ebullición presente, tienta restaurar o más bien instaurar una nueva América en base de la negación de todos los valores vitales perennes, de orden natural y de orden sobrenatural. Y si el americanismo se levanta contra la Iglesia y obra sobre la conciencia, sobre la cultura y sobre los acontecimientos, es que ve exactamente en las instituciones religiosas la preservación de todos los valores perennes contra los cuales se lanza en nombre de una filosofía puramente mecanicista de la vida.

Cuando colocamos la Personalidad, la Libertad y la Amistad como base de un tipo americano de civilización, no desconocemos lo precario de las respuestas a las dos preguntas preliminares. ¿Habrà una civilización americana? Habrà, entre los varios pueblos americanos, una unidad de civilización.

La respuesta a una u otra pregunta no puede ser evidentemente categórica. No existe una civilización evidentemente americana pero sí, tendencias particulares de América, que delínean el estado de  *fusión*  en que todavía nos encontramos. El continentalismo no es un valor absoluto. Es apenas una condición relativa. Y por esa razón rechazo el mito continental de los americanistas, que pretenden hacer del panamericanismo una filosofía de la vida, cuando no, una nueva religión. "We are a dying race" exclamó cierta vez un gran poeta norteamericano. Y precisamente si rechazo la mitología americanista y conside-

ro al continentalismo americano tan artificial como al europeísmo, al africanismo o al asiatismo y tan peligroso como ellos para los verdaderos valores del espíritu, es justamente porque no considero el problema americano desde el punto de vista revolucionario y sí desde el punto de vista sobrenatural, y atribuyo a la Iglesia y a las iglesias una importancia capital en la verdadera fijación de América, dentro de su civilización auténtica. Por eso, es necesario distinguir en la acción civilizadora de la Iglesia para América, aquellas tres realidades de importancia creciente: el sentimiento religioso, las iglesias y la Iglesia, de las que traté en otro artículo publicado en esta misma revista.

El sentimiento religioso, fuera de las iglesias y de la Iglesia, es una actitud puramente subjetiva. En la América moderna dicho sentimiento es una condición frecuente, aunque varíe enormemente de país a país y dentro de cada país, de región a región. Tratando, como lo estoy haciendo, la realidad americana en bloque, tengo naturalmente que acentuar los trazos de unión, anotando apenas las diferenciaciones que son muy considerables. Para tratar tan vasto asunto en una síntesis asaz limitada no es posible otro método.

El sentimiento religioso individual es incierto, es más de corazón que de razón, más de inclinación que de convicción, más subjetivo que objetivo; es el estado de espíritu que hoy domina en las poblaciones americanas. Entre las clases cultas, ese sentimiento religioso individualista se manifiesta en una indiferencia religiosa generalizada, en una gran superficialidad respecto a las creencias, aunque se conserven con cierta tenacidad los gestos, los ritos y las formalidades convencionales y tradicionales. En las clases incultas se manifiesta en la multiplicación de influencias pseudo-religiosas o francamente supersticiosas, que va desde la aparición del espiritismo en los Estados Unidos y su enorme difusión por todo el continente, y particularmente en nuestro Brasil, hasta los vestigios de cultos mágicos y politeístas en los "bas-fonds" de la sociedad.

Por encima de este sentimentalismo religioso, tan respaldado por las masas populares tanto en la América católica cuando en la América protestante, se manifiestan las diferentes iglesias reformadas, desde las más conservadoras del luteranismo o calvinismo original, hasta las más impregnadas de un liberalismo o de un modernismo científico que se confunden con el moralismo laico o con el más exagerado racionalismo.

Como tuvimos ocasión de ver en otra colaboración anterior de este ensayo, hay en esa multiplicación de iglesias un factor de transformación radical del concepto de iglesia que pasa de la institución esencialmente sobrenatural, como afirma y prueba por sí misma la Iglesia Católica, hasta la representación de una asamblea de fieles completamente ajena a cualquier idea sobrenatural y reducida exclusivamente a un cristianismo naturalista. Las sectas que perdieron gradualmente el contacto con los dogmas tradicionales de la fe cristiana y sobre todo que abandonaron la vida sacramental, contienen naturalmente valores espirituales en dosis tan reducidas que se tornan puramente nominales. Y habrá seguramente en las masas de los llamados "undenominated" en los Estados Unidos o "agnósticos" e "indiferentes" en los países católicos temperamentos sinceramente mucho más religiosos y cristianos que otros que tienen este nombre y participan farisaicamente de la Iglesia o de pequeñas iglesias puramente sectarias.

En general, tanto el espíritu religioso serio cuanto el respeto por la sabiduría evangélica dominan en las iglesias, donde se mantienen los grandes principios de la revelación cristiana y donde la Biblia es aún el libro por excelencia.

La Iglesia Católica, finalmente es la única que confesadamente se afirma hoy idéntica en su sustancia a lo que siempre fué desde Cristo y que se presenta como el propio Cristo Místico y con una institución de orden esencialmente sobrenatural, cualquiera sea la resistencia de sus propios fieles y la resis-

tencia que encuentra en medio de una sociedad dominada por un naturalismo creciente y hasta agresivo.

Cuando indagamos por lo tanto, lo que representa la Iglesia para América, no nos limitamos a decir lo que representa el catolicismo para América sino lo que representan las tres posiciones que los hombres pueden asumir *en forma positiva*, frente al problema religioso; la de sentimentalismo puramente subjetivo, la de participación en una iglesia reformada, de carácter más o menos sacramental y por último la integración en la Iglesia Católica de *orden pura e integralmente sacramental*.

Cuando se dice sacramento, se dice comunicación de la *Gracia* a la naturaleza y por lo tanto afirmación del contacto constante entre Dios y el hombre. El papel que la Iglesia (en esa triple modalidad) representa para América es justamente el de mantener y desenvolver esta unión entre Dios y el hombre. Y viceversa, deben destacar lo que hay de más profundo y verdadero en la *condición humana*, tanto América cuanto Europa o cualquier otro punto del universo.

La gran diferencia entre los que rehusan el "americanismo" (identificado con América) y los que proclaman el "americanismo" como única expresión auténtica de América, consiste en que los primeros no creen que el hombre mude la naturaleza al atravesar el Atlántico, al paso que éstos parecerían aceptar que el nuevo continente produjo un hombre nuevo, como los socialistas integrales creen que la sociedad comunista modificará la propia naturaleza del hombre. Vemos así como los más exaltados americanistas hacen hoy coincidir americanismo con materialismo dialéctico integral, y por lo tanto rechazan todos los valores religiosos.

Para nosotros los cristianos auténticos sólo la Iglesia Católica está en la verdad. Más aún, para aquellos que consideran este problema (de las relaciones de la Fe Cristiana con un continente humano) como problema de orden puramente social, no les puede llamar la atención aquella gradación que los *hechos* nos revelan: primero un individualismo religioso, segundo un institucionalismo eclesiástico parcial, con base más o menos racionalista pura, y finalmente una institución que hace de su sobrenaturalidad y de su perennidad y de su esencia divina, la propia razón de ser de su existencia. En ella los valores ontológicamente religiosos prevalecen sobre los otros valores de carácter moral o social. No deseo hacer aquí una forma de apologética, intento apenas presentar los hechos, como ellos se muestran hasta para el observador no cristiano.

Hallamos pues, que la Iglesia Católica, las iglesias reformadas y la propia religiosidad individual no confesional, tienen un gran papel que representar en la configuración social y moral de América, de todas las Américas en sus diferentes formas geográficas, políticas y hasta religiosas. Tienen un papel capital que representar hoy y mañana, como lo tuvieron en el pasado.

Porque no es posible recorrer la historia de América sin encontrar a cada paso la acción de la Iglesia Católica, de las Iglesias protestantes y del cristianismo individualista.

A través de todas aquellas vicisitudes y de todos los elementos que estudiamos o ensayamos para el retrato tan difícil y poco satisfactorio de América; encontramos la corriente religiosa atravesando esas diferentes fases de una formación histórica agitada y operando sobre ellas de modo decisivo. Durante el período colonial, toda América fué educada, no sólo religiosa y moralmente, sino también en su formación cultural, por las instituciones y por las comunidades eclesiásticas y fué el espíritu cristiano más o menos desfigurado por esas variedades religiosas, el que se destaca en forma predominante en toda América.

Ese espíritu cristiano desde su *faz catequística* del principio —y fué en toda América la faz inicial de la formación religiosa del continente— estuvo

en lucha contra el espíritu anti-cristiano o no-cristiano. Hemos hablado de este fenómeno en el capítulo primero de nuestra obra "A Igreja e o Novo Mundo" (1) que, más o menos se extendió en toda la América. Juan B. Terán lo generalizó bajo la forma de lucha perenne entre el "conquistador" y el "anti-conquistador".

La Iglesia, en su sentido más amplio, representa para América depuración de costumbres, disciplina en las ambiciones, respeto a la palabra, jerarquía de valores morales, cultura intelectual, la base de la familia, la pacificación de las insubordinaciones y el premio al heroísmo ignorado. Entre el Estado explotador como metrópoli de las riquezas coloniales u organizador del orden público, y el individuo, lanzado en la aventura americana, particularmente en los siglos coloniales, y no menos en los siglos industriales, para "hacer la América" o más tarde para vencer la vida por todos los medios; entre esos extremos, siempre se colocó la Iglesia como elemento de unión, de pacificación, y de depuración. *Siempre*, digo mal, debería decir más bien, cuando obró con su espíritu auténtico. Porque la historia religiosa de América, no está exenta de páginas poco edificantes, efecto a veces de un clero poco edificante, otras veces por la ignorancia de los fieles, por la contaminación de errores y por los pecados de la época. Porque no se trata aquí de trazar un cuadro idílico sobre la Iglesia en América aunque se logre demostrar su acción fecunda, formadora y tantas veces heroica.

En la historia religiosa del Brasil y de parte de América católica, la evolución histórica de la Iglesia se desarrolla bajo tres facetas; la catequesis, el regalismo y la independencia.

La primera representa la acción de los misioneros sobre las poblaciones tanto indígenas como adventicias, tanto populares como superiores. La segunda se caracteriza por una tentativa creciente por parte de los Estados, en hacer a la Iglesia servir a los fines políticos de aquéllos, y finalmente la faz actual está representada por la acción independiente y libre de la Iglesia, como institución establecida, desligada de las cadenas legales del Estado (o éstas muy reducidas) a través de sus movimientos o de su acción apostólica.

En todas estas facetas, la acción religiosa trabaja en el sentido de cristianizar la sociedad, que atraviesa las sucesivas corrientes de acción cultural, moral y política de la historia americana, procurando mantener la línea de formación original.

En ese sentido representa la Iglesia para América un elemento de *preservación, de autonomía y de unidad*. Preservación de los rasgos tradicionales de su formación humana. Autonomía contra la tentativa de los imperialismos culturales anti-cristianos, a partir especialmente del siglo XVIII por llevar a la América hacia otras formas de civilización y de cultura que no son las propias. Unidad contra los factores disociativos de la cultura o de regímenes políticos modernos, que procuran arrastrar a cada parte de América a su órbita de acción. Basta ver cómo el movimiento *hispanista* moderno, tan justo en sus orígenes, está, al menos en algunos sectores, completamente infiltrado de ideologías totalitarias nazistas.

La verdadera civilización americana se manifiesta, como dijimos, por la afirmación del Hombre. Desde luego, dicha afirmación va unida al medio natural en que el Hombre desarrolla su formación más normal: *la familia*. Es el *humanismo* de base *doméstica* quien representa la tradición más pura de América y al mismo tiempo reflejo directo de la acción de la Iglesia sobre el continente. El espíritu renacentista era un espíritu humanista. América nació para la civilización universal como fruto de ese humanismo, de un humanismo im-

---

(1) Véase el Cap. I de la obra a que alude el autor. Livraria Editora Zelio Valverde. Rua de Ouvidor, 27 - C. Postal 2168. Rio de Janeiro 1943. (Nota del traductor).

pregnado de familiarismo y de cristianismo. Lejos de presentar al hombre como la medida de todas las cosas, lo presentó apenas como la más perfecta expresión de la omnipotencia divina y de la organización familiar de la sociedad. El humanismo renacentista por lo tanto, a cuya luz nació América, no se traducía por un antropocentrismo negador, y si por una reafirmación americana del teocentrismo cristiano, base de toda filosofía verdadera de la vida. Y en la sociedad, por la fuerza de las grandes familias, estables y jerarquizadas, aunque estuvieran instaladas a enormes distancias en el nuevo mundo, *fecundo y desierto*. *Todo divorcismo* es antiamericano, por más americanista que sea.

Todo humanismo americano verdadero tiene que estar por el contrario, basado en una sociología doméstica y en una filosofía sobrenatural de la vida. Es no sólo una afirmación del hombre, sino una afirmación de la autonomía doméstica y de la supremacía divina sobre él y su familia.

En este sentido decimos que la *personalidad* humana es el valor fundamental de la civilización americana, ahora que sólo en una concepción teocéntrica del hombre y familiarocéntrica de la sociedad, la personalidad humana se encuentra verdaderamente definida y defendida. Los dos extremos que resultan de la negación de ese valor auténtico de la persona humana —soberana desde el punto de vista del mundo, mas subordinada desde el punto de vista de Dios— son la absorción del hombre y la familia por la colectividad o por el Estado y por consiguiente la lucha del individuo contra ambos. Son los dos aspectos que presentan en nuestros días los movimientos separatistas entre el hombre y Dios: el totalitarismo en sus dos faces: comunista o nazista y el individualismo, en los matices del democratismo agnóstico y burgués. Es sabido, sin embargo, que los teóricos del socialismo, un Lenín, por ejemplo, afirmarán y sustentarán expresamente que individualismo y socialismo, lejos de oponerse se complementan.

Y hoy estamos asistiendo a un fenómeno curioso, que es el de la marcha ascensional del socialismo dentro de los países democráticos, y hasta del norteamericano, pueblo donde (como afirmara Werner Sombart en un opúsculo famoso e interrogativo) no conseguirá jamás medrar el socialismo. Hoy el problema parece haber mudado de aspecto y la revista *Fortune*, hizo recientemente una encuesta sobre el socialismo en los Estados Unidos, para llegar a la conclusión de que una cuarta parte de los norteamericanos pleitea alguna forma de socialismo. "One American in four thinks some forma of socialism would be a good thing for the U. S."

Y la estadística, en cuanto se pueda creer en estadísticas, es todavía más curiosa cuando nos dice en el mismo cuestionario, que entre los propugnadores del socialismo en la tierra clásica del individualismo participan en un 39,9 por ciento los ricos y apenas en un 24,5 por ciento los pobres!

La Democracia Liberal tiende siempre al totalitarismo. La Democracia Cristiana es su negación. Individualismo y socialismo son dos pisadas en un mismo camino. Por eso precisamente la Iglesia contesta tanto a uno como a otro y apoya el verdadero valor de la personalidad humana, en sus deberes para con Dios, para con los grupos sociales (particularmente el biológico y el político) y para consigo mismo, pero sin descuidar los derechos de inmortalidad, de dignidad y de autonomía *intangibles*.

La Iglesia es pues, para América, la gran defensora de la Familia, cuyo fruto es la *personalidad humana*, valor típico de una verdadera civilización americana. Y es simultáneamente, una opositora del individualismo y del socialismo, proclamados por el *americanismo* anti-cristiano y anti-americano, como sus más puras expresiones sociales.

La *Libertad* es el otro elemento de una auténtica civilización americana. Libertad de instituciones políticas, *libertad de conciencia religiosa*, libertad de costumbres, que a veces toca en audacias condenables, y por fin la afirmación del hombre, no en su personalidad interior y en sus derechos naturales, sino en su vida y en su actuación social y cultural.

Y bien, la "gloriosa libertad de los hijos de Dios" es la manifestación más grande de la verdadera revelación cristiana. Porque es cierto que la Iglesia, como lo dice luminosamente en su encíclica "Libertas" el inmortal León XIII, no considera la libertad como una privación de toda disciplina. La libertad es una característica del ser humano, junto a la racionalidad. El hombre es un animal racional y libre por naturaleza. Su libertad está pues condicionada por su racionalidad. Y sólo puede ejercerse dentro de los límites por ella trazados y contenidos en la propia manifestación de la naturaleza humana. Como dice Gustave Thibon:

—*"La liberté n'est pas l'ennemie de la nécessité, elle en est la cime et la profondeur; la liberté vit en nous comme une nécessité plus intime et plus pure. Il ne s'agit pas du conflit de deux mondes opposés, il s'agit de la floraison d'un monde unique. La fleur ne contredit pas la tige, mais la tige se condense et se dépose dans la fleur. La liberté est comme l'explosion d'une nécessité trop riche qui jaillit hors d'elle même, elle est la nécessité suprême et la fleur du destin"* (Destin de l'homme).

La libertad que posee el hombre es para el bien y no para mal. Lo mismo sucede en las naciones. Y eso en todos los dominios de la vida individual y de la vida social. Querer transformar esa libertad racional en un liberalismo ilimitado que termine negando la autonomía del hombre, para esclavizarlo en un determinismo naturalista, es desconocer la naturaleza de las cosas. Y es llegar a extremos contrarios a aquellos contra los cuales se pretende reaccionar. Todo abuso de libertad se transforma en negación de libertad. Es esa la consecuencia de cualquier liberalismo y a esa consecuencia lo llevan sus apóstoles, quienes al exagerar sus derechos los destruyen totalmente.

Ahora América es la tierra de la libertad, como es también el continente del liberalismo. ¿Cómo contener a la primera en sus límites sin que caiga en el segundo?

Es justamente esa, a mi modo de ver, la segunda gran tarea de la Iglesia en América. Interpretando y practicando la sabiduría divina del cristianismo, puede ejercer sobre la civilización americana, una influencia decisiva. Preservar los valores auténticos de la libertad humana, impidiéndole transformarse en un liberalismo naturalista, es otra actuación decisiva que la Iglesia puede desempeñar para preservar la verdadera civilización americana, de los errores de un falso americanismo.

El tercer valor que apuntamos como típico de una americanidad sana es la *Amistad*.

Hay en las costumbres tradicionales de los pueblos americanos, una gran inclinación a la fraternidad. En el Brasil, el fenómeno es indiscutible, y tradicional. Somos un pueblo con el corazón en la boca, como se acostumbra a decir. Y una gran onda de ternura une hablando en general, y con facilidad el alma de los brasileños. No hay, por lo tanto, pueblo más fácil de ser conducido tanto al bien como al mal, precisamente porque constituimos un pueblo de buena fe que fácilmente se deja convencer por bellas palabras, por hermosas palabras. Por amistad y con buenos modos todo se consigue de un brasileño. No desconocemos los graves peligros que encierra un temperamento basado en tales fundamentos psicológicos, pero también podemos afirmar que así se preserva en nuestras almas un valor de humanidad, de simplicidad, de bondad, de sinceridad, que constituye tipos preciosos de verdadera humanización del hombre.

Ahora bien lo que sucede en el pueblo brasileño, que conocemos más de cerca, ocurre en todos los pueblos americanos.

No existen en el continente americano, esas fuertes estructuras sociales que permitieron allá en el viejo mundo o en Asia realizar grandes cosas a lo largo de la historia. Domina entre nosotros un ritmo de interpenetración y de

inestabilidad rayano en el conformismo. Sin embargo, al mismo tiempo que esto sucede, existe también una tendencia para la amistad que me parece ser típica de la psicología continental. Es una preciosa forma de defensa del hombre contra las crecientes inclinaciones modernas a la deshumanización, al separatismo, a la nivelación exagerada, o también al aislamiento exagerado, a la pérdida de la noción de delicadeza, del respeto mutuo de la comprensión recíproca de la honestidad moral, de la simplicidad de costumbres, en fin de todo lo que torna más agradables las relaciones entre los hombres sin un criterio puramente jurídico, económico o convencional que rige entre otros continentes.

Se diría que el hombre en América es más humano. Con todo, hay naturalmente, variedades considerables y grandes diferencias en esa *afectividad* fundamental, de región a región y hasta dentro de un mismo país.

A esa primacía de los sentimientos de hombría, de cordialidad, de bondad, de delicadeza, de respeto mutuo, de relaciones basadas en la palabra dada más que en la palabra escrita, sentimientos característicos del verdadero y sano americanismo; oponen los americanistas yanquistas de todo el continente un atavismo, un dinamismo, un tecnicismo, como sustitución de todo aquel tradicionalismo afectivo trocado en vida mecanizada y de competencia. Véase, por ejemplo, cómo se multiplican hoy en día la burocracia, los papeles firmados, las escrituras, las reparticiones, los escribanos, los distribuidores, los archivos, es decir, cómo se multiplica todo lo que implica la conversión de la vida en máquina burocrática, estandarizada, y por consiguiente todo lo que contribuye a que los hombres entre sí se coloquen en una base de desconfianza recíproca y queden sometidos a la ley del pretorio o de la floresta virgen, de "law of the jungle". Es la transformación de la amistad en rivalidad, del respeto en grosería, de la cortesía del hombre que se levanta para ceder el asiento a una señora en el ómnibus, a la indiferencia con que los jóvenes se quedan sentados, mientras al lado de ellos se mantienen de pie las señoras. Es la transformación de la confianza del hombre para con sus semejantes en sutileza, en sospechas, en protección legal.

Todo eso constituye la base negativa de una sociedad que aprecia la amistad como valor supremo y en no su sustitución basada en reglamentos, en máquinas reguladoras y en policías.

Pues bien, la educación religiosa es la gran preservadora del respeto entre los hombres y de la exaltación de la verdadera fraternidad. Es asunto sumamente importante, que la Iglesia guarde lo que es precioso: las antiguas costumbres de nuestros abuelos, sin permitir que adoptemos la brutalidad de un americanismo del "rush" en que cada uno se protege a sí mismo, en ansia de velocidad y diversiones.

Conservar la auténtica amistad cristiana entre los hombres ("¡cómo se aman ellos!", decían espantados los paganos romanos de los cristianos, según nos cuenta Tertuliano) e impedir las exageraciones de un atavismo despersonalizador y deshumanizante, es el tercer punto capital en que la Iglesia representa para América la preservación de su verdadera figura y su defensa contra la caricatura de una vida falsamente americanizada, llamada "yanquismo" que no es solamente de los Estados Unidos, sino de todos nuestros países cuando pierden la verdadera tradición que los formó.

Hemos expuesto en nuestro modesto estudio, algunos de los factores con que puede la Iglesia influir en América y de lo que significa para ésta la tutela de la mayor de las instituciones morales de todos los tiempos. Porque la Iglesia no es de este mundo, sino de Dios cuya presencia ella corporiza en la tierra.

*Tristhán de Athayde*

# Bandera Argentina

## S O B E R A N A

Qué bien estás sobre la parda loma,  
canción de mi bandera,  
bendición de montaña y de paloma,  
cielo de tierra, patria en primavera!

Qué bien flamea sobre el valle oscuro  
tu gota azul y blanca,  
agua lustral de todo lo que es puro,  
vital raíz que de la sangre arranca!

Qué bien estás frente a la humilde escuela,  
donde nace la patria cada día,  
haciendo de maestra y centinela,  
con tu lección de hombría!

Qué bien estás, junto a la cruz, ejemplo  
de fe, que es fortaleza,  
con las campanas convocando al templo  
donde la patria ante el altar empieza!

Otros se lleven la canción del oro,  
la llama del placer o del acero.  
Yo, demorado cielo, yo te adoro,  
y a todo bien tu libertad prefiero.

Libre señora y madre omnipotente,  
qué dulce tu caricia,  
de uva, de trigo y de metal ardiente.  
Qué ejemplar tu amistad y tu justicia!

Yo creo en ti, celeste abreviatura  
de ahondada historia y ancha geografía.  
Dame tu bendición desde tu altura,  
hecha de paz y de soberanía.

Dios te quiere así altísima, así fuerte,  
así en los aires de la paz mecida,  
tan parecida al premio de la muerte  
que es aliento de vida!

Qué bien estás sobre la parda loma,  
canción de mi quimera,  
con tu vuelo de arcángel y paloma,  
oh mi cielo de tierra, oh mi bandera!

Luis Gorosito Heredia

# Solidaridad

REVISTA MENSUAL

Calle SARMIENTO 412 - Piso 1.º  
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires



*Solidaridad de los Católicos  
Americanos  
para la unidad del continente.  
Unidad del continente  
para la paz del mundo*

DIRECTOR.

Doctor Enrique Benítez de Aldama

Año I

Septiembre de 1944

N.º 12

## En ocasión de dos aniversarios Domingo Faustino Sarmiento y José Manuel Estrada

EN este mes de septiembre y con intervalo de seis años, vió la Asunción del Paraguay el tránsito a la inmortalidad de dos grandes vidas argentinas, la de Domingo Faustino Sarmiento (1888) y la de José Manuel Estrada (1894); maestros insig-nes y dispares cuya memoria es de plena justicia recordar.

No pocas veces cicaterías banderizas les retaceó a ambos el reconocimiento de los méritos y los condignos homenajes, pero

nunca se hizo tal sin que la injusticia dejase de acusar la nula envergadura viril de sus autores, necesitados de igualar alturas empequeñeciendo al adversario. Por nuestra parte, para propios y extraños, paladinamente declaramos que, sin caer en arrebatado ditirambo, nos honramos con la ponderación de las virtudes de estos hombres y que nos enorgullece pertenecer a una tierra que los cuenta como hacedores de su historia.

### DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

La frase de Carlos Pellegrini, pronunciada junto a la tumba recién abierta del ilustre sanjuanino, tiene, a pesar del tiempo transcurrido, la perdurable vigencia de lo exacto: "Era necesario que la muerte le derribase para que pudiésemos darnos cuenta de su grandeza". Y con efecto, él, en los tres cuartos de siglo que alcanzó su vida creció con los días en las obras hasta asumir increíbles proporciones.

Su labor gigantesca está patente en todas partes. "La pluma vacila —dice José Carlos Astolfi en trance de reseñarla— antes de lanzarse a la enumeración siquie-

ra escueta de su obra constructora". Nosotros para recordación de olvidadizos vamos a darla, tomándola de este mismo autor.

Hizo levantar el primer censo nacional, fomentó la inmigración que pasó de 34.000 personas en 1868 a 80.000 en 1873, el comercio ascendió de 72.000.000 de pesos oro a 102.300.000, los ferrocarriles aumentaron sus líneas de 573 a 1331 kilómetros a Córdoba hacia Tucumán y enlazando a Concordia con Mercedes de Corrientes; a Río Cuarto con Villa María, a Buenos Aires con Campana, rumbo al Rosario. El telégrafo casi inexistente llegó a 5.000 ki-

lómetros y el cable nos ligó con Europa; federalizó los correos provinciales, otorgó franquicias a los barcos postales, habilitó los puertos fluviales de San Pedro y Zárate e hizo estudiar el de Buenos Aires, canalizó algunos ríos entrerrianos, hizo explorar el Bermejo, el Neuquén y el Limay; construyó faros.

En su tiempo se promulgaron los Códigos Civil, Comercial y Militar, suprimió la prisión por deudas y proyectó el juicio por jurados, inició el arreglo de los límites interprovinciales y la jurisdicción de las aguas interiores, promulgó la ley de Contabilidad y organización de la Contaduría Nacional, presidió la fundación del Banco Nacional con facultad de emitir billetes garantidos por una reserva metálica y con la obligación de establecer sucursales en todas las provincias en el término de dos años. Creó el Boletín Oficial, el cuerpo de taquígrafos y la Biblioteca del Congreso. Creó el Jardín Botánico y el Zoológico y el paseo de Palermo, inaugurado después de su presidencia a pesar de sus esfuerzos en adelantarlo, inauguró el primer servicio de tranvías.

Fundó más de 1.000 escuelas primarias asignando premios a los que educaran mayor número de niños, y por un decreto convertido en Ley en 1871 distribuyó subvenciones escolares a las provincias. Fundó las primeras Escuelas Normales, el Colegio Militar y la Escuela Naval, el Observatorio Astronómico y la Facultad de Ciencias de Córdoba, escuelas de agronomía, arboricultura y minería, cursos nocturnos para adultos, colegios nacionales para los que se proyectó un plan de seis años, suprimiéndose el internado. Creó la inspección técnica de la enseñanza secundaria, hizo venir de Europa gabinetes, laboratorios y colecciones de historia natural, bajo la dirección de Burmeister que bautizó con el nombre de "Faustinus" una variedad de mariposas, así como el botánico Lorentz le dedicó una planta y el paleontólogo Kayser un caracol fósil. Distribuyó en todos los ámbitos del país bibliotecas de obras selectas; adquirió los monitores "El Plata" y "Los Andes", primeros barcos de nuestra armada nacional, dotó al ejército con el Remington y trajo al país las primeras ametralladoras que ensayó espectacularmente en Santa Fe y Paraná como advertencia a las huestes sublevadas

de López Jordán.

Y esto no es todo: fué amigo de los pajaros, de las flores, de los animales y de los árboles... mas ya fatiga la fría enumeración de ese cúmulo de obras. Las solas de su pluma pasan del medio centenar de volúmenes impresos. Ciertamente, tuvo cada uno de sus días un afán... y a veces más; era un trabajador ciclópeo al que no faltaba cuerda alguna en el arco.

Gobernador de su provincia, este orgulloso enamorado de la prosopopeya y el ceremonial del gobernante, blanqueaba con su propia mano y en mangas de camisa el frente de su casa para dar ejemplo a los vecinos; y este ambicioso, confeso y convicto, renunciaba a la vicepresidencia de la República que por entonces le fuera ofrecida, para seguir en su atrasada provincia metiéndose hasta con el chiripá de los gauchos que prohibió en desmedido prurito de civilizar. Allí organizó la justicia, abrió caminos, fundó escuelas, levantó el mapa y catastro de la provincia, creó hospitales y baños públicos, la quinta normal, fomentó la minería y en la capital sanjuanina ordenó la pavimentación de las calles y su nomenclatura, la numeración de las casas, su blanqueo general del que él mismo, como ya se dijo, dió el ejemplo empuñando la brocha, instaló el alumbrado, las alcantarillas, el matadero y el cementerio. Y todo lo realizó con gentes que, como los judíos al reedificar a Jerusalén, debían tener siempre a mano las armas mientras trabajaban, para repeler las embestidas de las montoneras del Chacho.

Tuvo que abandonar su obra a los dos años ante el creciente descontento que provocaba su tremendo impulso renovador, verdadero presente griego para sus mansuetos y siesteros paisanos. Después lo soportó la república y contra viento y marea dióse a preparar los caminos de la Argentina futura tal como era posible soñarla al promediar el siglo pasado. Con él colaboraron mentalidades ilustres que tuvo el buen tino de elegir sin curarse de divergencias doctrinales ni políticas.

Matías Sánchez Sorondo, en una monografía sobre el prócer que es, a nuestro juicio, uno de sus mejores trabajos, acertadamente le compara con las montañas andinas. Era así. Y si hoy se nos presenta a la distancia imponente y enorme, re-

cortando su perfil sobre el cielo con serena majestad, es lo cierto que en sus días y de cerca fué con harta frecuencia como los montes, fragoso y rudo, desapasible de energía, a las veces tonante, hundido entre torbellinos de nevasca, excesivo y terrible de pasiones y exabruptos; claro, que también debe agregarse que así gestaba los nubarrones que luego diseminaban por el llano la lluvia fecundante y desprendía de la cima los torrentes, limosos, portadores de las arenas áureas.

Solamente a él referida parece cuadrar la frase socorrida: *era como una fuerza de la naturaleza*. Sus anécdotas, sus polémicas, sus luchas, sus viajes, sus discursos, su carrera política, sus afanes de educador, el tropel de su vida toda, dan color y animación a la historia de su tiempo. Fué un torbellino de pensamientos y de iniciativas que Dios hizo soplar largamente para orear de atraso y de inercia el ámbito del país. Si hubiese tenido continuadores de su talla y de su empuje a estas horas la Argentina sería una de las primeras naciones de la tierra.

Realizó y previó. Y es natural que en su desmesurado empeño constructivo muchas veces las realizase mal y que su previsión tuviese fallas; pero las hizo cuando hacerlas era urgente, conforme a su conocida divisa y cuando no acertó dejó siquiera la experiencia para hacerlas de otro modo.

Desde luego, no todo es plausible ni con mucho en la obra de Sarmiento, o mejor, en sus ideas: su hispanofobia es censurable; su incredulidad, lamentable; y, a salvo su innegable patriotismo, hay que decir que su fervorosa admiración por lo extranjero, exagerado por sus prosélitos involuntarios o confesos pero desprovistos de su robusta complexión nacionalista, por poco nos descasta y convierte, como decía Ricardo Rojas en una conferencia memorable, *en la policolonía de nadie*. El aceptó sin beneficio de inventario las ilusiones del progreso científicista y los postulados mentidos de una civilización materialista. Lo hizo ciertamente en una hora en que la soberbia visión antropocéntrica del racionalismo se presentaba con todos los caracteres de la verdad irrefragable. De vivir hoy, nos aventuramos a pensar que una mente evolutiva como fué la suya, desvanecidas muchas quimeras de entonces en repetidas y tristes experiencias, pensaría

de otro modo.

Cuéntase que una vez, cuando era niño, una beata de su pueblo le juzgó mal por verle leer con mucho ahinco. "No ha de ser bueno este mocito, dijo, pues no leería con tanto entusiasmo si los libros que lee fuesen buenos". Esa fué la desgracia de su tiempo. Por lo general entonces, los libros buenos no eran interesantes y los interesantes no eran buenos. La beata de marras revelóse aguda observadora. Adulto, sufrió la seducción serpentina de Renán y la de todos los pensadores de la Francia liberal, sin olvidar la de los yanquis Emerson, Horacio Mann y otros; y no pudo librarse de ser el paladín a ultranza del laicismo, el gran ilusionado del progreso sin términos, el creyente fervoroso de la ciencia a lo Berthelot, a lo Taine.

Hoy, como ayer, nuestros hombres representativos marchan sobre las huellas del gran maestro, fieles a su principio de que *governar es educar*. Pero vuelto a los pulsos el latido vital no van como rutinarios seguidores sino para modificar en su obra lo que la lección de los hechos haya aconsejado modificar. Por lo pronto se ha agregado la Religión al antaño tan noble metal del carácter ciudadano.

Otros ejemplos se han de tomar también del luchador egregio asaz olvidados por sus panegiristas y sedientes discípulos del pasado y el presente tiempo: la probidad en el manejo de la cosa pública. Sarmiento no se enriqueció en las funciones de gobierno. Entró pobre y salió pobre de las altas posiciones. Tampoco medraron sus parientes. Su hija Faustina se ganaba el sustento como maestra primaria en San Juan mientras él desempeñaba la primera magistratura del país.

Amó con santa pasión la libertad. Fué el másculo obrero de sus ideales. Honró a la patria en el destierro con obras elevadas y generosas. Y tuvo el claro concepto de la dignidad nacional simbolizada en "la bandera blanca y azul que ¡loado sea Dios! jamás fué atada al carro de ningún vencedor de la tierra". Palabras que ningún argentino debe olvidar.

Y su noción de la responsabilidad en la función pública también debe ser apreciada e imitada. Sarmiento no anheló los altos cargos para disfrutar sus ventajas sino para promover desde ellos con mayor eficacia el bien colectivo. "No

deseé —ha escrito— mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas sus instituciones y surcado de vías férreas el territorio como cubierto de vapores de ríos para que todos participen

del festín de la vida de que yo gocé sólo a hurtadillas”. Son nobles palabras llenas de patriótico desinterés. Nobles palabras que se dirían las de un moderno Moisés, divisando en la lontananza del porvenir para su pueblo las tierras feraces de Canaán.

### JOSE MANUEL ESTRADA

Cumplióse el 17 de septiembre el cincuentenario de la muerte de José Manuel Estrada, acaecida en Asunción del Paraguay en el año 1894.

Cabe decir que esta vez los homenajes que se le tributaron no fueron simplemente una muestra brillante de la veneración que los pueblos deben a sus hombres eminentes y que son parte de una suerte de culto cívico encomiable y justiciero; sino que la conmemoración de la solemne fecha sirvió para destacar el singular valor de ejemplo que en las vicisitudes de la hora actual asumen los pasos de la existencia de este gran maestro de la juventud, modelo de ciudadano y de católico.

No ceñiremos por eso los elogios a las altas dotes que confluyeron para definir su ingenio en una esfera superior. Numerosos biógrafos suyos desde Garro a Sáenz nos han contado de qué modo desde su temprana revelación a los diez y seis años le saludaban como a igual Goyena, Frías, Avellaneda, Mitre, etc., es decir, la intelectualidad señora del país; con qué prestigio ocupó la cátedra, fundó periódicos, escribió libros, con qué elocuencia arrebatadora aunó voluntades, sembró ideas y se batió en parlamentos y asambleas en ocasiones memorables. Groussac ha dicho a este respecto, con elogio raro en él, que al releer a Estrada y ver en las páginas del libro, cristalizada en prosa y yerta lo que fué verbo alado y sonoro de pasión, no podía dejar de repetir el dicho de Esquines al releer a Demóstenes: “Si le hubiéseis oído!...” Se olvidan, con todo y ser de tanto fuste las excelencias señaladas, pensando que, por cima de cualquier calidad intelectual, lo verdaderamente ponderable y ejemplar en Estrada es su carácter, el sentido social de sus afanes, la concepción religiosa y seria de la vida.

17 años tenía cuando en su periódico primigenio “La Guirnalda”, se trazaba una elevada y recta línea de conducta que cumplió sin una desviación a través de los años

y de los hombres; nunca su acción dejó de ser reflejo fiel de sus ideas y de su fe y quemó su vida en el estudio y en la docencia como un incienso lúcido, ofrecido en los altares de Dios y de la patria.

Arraigado y hondo tuvo el sentido de lo social. En la nacionalidad recién constituida contribuyó como nadie a desarmar rencores, a predicar la hermandad que según su frase “era necesario inocular en el corazón del pueblo”. “La solidaridad argentina debe ser una verdad”, repetía. Y profesó la historia, el derecho, la economía política, creó, sin hipérbole, la Instrucción Cívica argentina desdeñando enseñanzas extrañas no asimilables a nuestras modalidades nacionales y siempre con miras a la afirmación del ciudadano y del patriota.

Las generaciones estudiosas de 1876 a 1880 experimentaron la presión modeladora de aquellos dedos de artistas que a favor de la magia de la palabra penetraba en las almas para sembrar corazón y cerebro con principios de bien y de justicia.

Si por entonces esta docencia no dió los frutos que de ella era dable esperar debióse a las corrientes de ideas que en esos años y después arrastraron la mentalidad destacada del país. Tienen los momentos de la historia su clima espiritual y aquellos tiempos eran de auge para el racionalismo en la filosofía, el pragmatismo en la conducta, el positivismo en las ciencias, el liberalismo en la economía y la política, el escepticismo en la religión, el materialismo en las almas. Comenzaba la Argentina a embarcar trigo, las campañas rebosaban ganado, el país entraba tras cruentas penurias en las vías del progreso, afluí el oro a las arcas del Estado y de los ciudadanos y un optimismo jocundo despertaba como de un largo sueño al goce de la vida.

Parecían, en contrario, muchas de las ideas de Estrada, su concepto cristiano de la sociedad y del hombre, pueriles quime-

ras de una edad de sombras, restos ajados de la "docta ignorancia" de otro tiempo. El, sin embargo, por bajo brillos aparentes notó la invasión de la cizaña, previó su proliferación monstruosa, los inconvenientes de esa desenfadada y paulatina paganización de la vida; y renovó en tierra argentina la prédica de aquellas grandes voces que en Europa se llamaron Donoso Cortés y Lacordaire.

"Predicó en desierto", como dijo Go-yena.

"Nuestro deber no es triunfar sino combatir", respondió con la fe de un cruzado, y al coro libertario que en nombre, precisamente de la libertad le ahogaba la voz, díjole serenamente, parafraseando a Lacordaire en la Cámara francesa, "Yo soy una libertad".

Y acaso para que la palabra acrecentara su sin par elocuencia con la confirmación de los hechos la intolerancia puso su mero en el maestro ilustre; "quizo el destino—dice Mario Sánchez— que la profesión de fe se completara en Estrada con el sacrificio... y las turbulencias políticas le arrancaron para siempre de su cátedra"; cátedra donde enseñó el civismo, la democracia orgánica, el patriotismo, el desinterés, la integridad de carácter, la elevación moral. "A hombres así se les lleva en el corazón", díjole en esa ocasión Toribio Ayerza. Y en el corazón de sus discípulos quedó.

Hoy su figura se levanta desde el fondo de las horas borradas y las páginas amarillentas de sus libros, no ya para recibir en ocasión de aniversarios el homenaje de gratitud de los argentinos, sino para repetir a las almas generosas que habrán de escucharlo, aquella su incitación: ¡"Levántate a la lucha, levántate a la virtud!"

La hora que se vive es grave, los presagios temibles. Ya no sólo nuestro país como en sus tiempos, se debate en una angustiosa crisis de principios, y aunque también según Estrada "todo pasa menos Dios que salva a los pueblos", es necesario que los argentinos de buena voluntad, aquellos en cuya fina antena del sentido social vibran ya los dolores del porvenir, velen las armas ante una tan noble figura de maestro.

Es bueno que por oportuno se recuerde su concepto de "la sociedad asentada en

la ancha base de la religión, la patria y la familia; que se renueve su amor a la libertad dentro del orden; la fraternidad cristiana con el pueblo; la altivez ciudadana, la resistencia ante la adversidad, el desapego a las bajas satisfacciones", credo que hemos repetido siguiendo por cetera la expresión de Melián Lafinur. Porque la sola ponderación verbal de nuestros antepasados, la veneración puramente formulista es de una esterilidad desconsoladora. Estos homenajes son racionales en cuanto la ejemplaridad que trascienden vidas como la de José Manuel Estrada nos penetra y edifica.

Mas no cerraremos nuestro homenaje al insigne maestro católico en el cincuentenario de su muerte sin incitar a meditar sobre cómo su recuerdo lejos de palidecer con los años acentúa sus perfiles.

Mas no sería por nuestra parte dignamente completo este homenaje al insigne maestro católico argentino, en el cincuentenario de su muerte, si no propusiéramos a la meditación del lector el hecho significativo de que, no sólo su recuerdo personal no se ha esfumado en el fluir implacable de los años, como la de un retórico más o menos bien dotado, según pudieran razonablemente haber supuesto, en su tiempo, sus adversarios ideológicos, sino que sus ideas medulares, aquellos por las que ardorosamente combatió y que, para muchos por entonces, tenían el aspecto de antigüallas condenadas a desaparecer sin remedio, a corto plazo, derrotadas por las luces del progreso y el empuje de la ciencia, hoy resplandecen sobre el mundo con los prestigios de la verdad reecontrada en el dolor. Y esta misma ciudad de los políticos e intelectuales volterianos del ochenta, en el mes próximo, en este año de 1944, con la participación de la nación entera, representada por sus autoridades principales, sus elementos intelectuales más valiosos, sus masas populares, y los niños de las escuelas públicas, en una demostración extraordinaria de fe, prepárase a celebrar un Congreso Sacramental que ha de convertirla, por así decirlo, en un eucarístico campo de azucenas; demostración que sin duda hará estremecer el espíritu del gran maestro en el recuerdo de la esperanzada aseveración de sus días combatientes: "Todo pasa menos Dios que salva a los pueblos".

Miguel Sotomayor

# Idilio amargo

CUENTO

## I

A

POYADOS sobre la barandilla de estribor, Elvira y Héctor miraban la multitud agolpada en la dársena. Los marineros de la prefectura tenían no poco trabajo en contener a los imprudentes que se aproximaban al muelle. La enorme algazara golpeaba los oídos de la joven pareja: recomendaciones, saludos, encargos y comentarios sobre el tiempo, los viajes, las ciudades en que haría escala el vapor, las comodidades de a bordo y todas esas otras tonterías que se dicen cuando no se sabe qué decir y es preciso hablar algo para desahogar los nervios de las despedidas.

La algazara era con los otros pasajeros, no con ellos, pareja extraña y desconocida que contemplaba en silencio el movimiento portuario.

Elvira se sintió sola y no acertó tampoco a refugiarse en el brazo de su compañero, que no habría sido capaz para recoger el dolor de su pensamiento y el vacío de su alma en aquel instante que era síntesis de todo un pasado que se sacrificaba y de todo un futuro que se desconocía.

¿Por qué había llegado hasta allí? ¿Por qué viajaba hacia otra nación cuyas costumbres desconocía y con la seguridad de no regresar más a su propio país?

El rugido de la sirena interrumpió sus cavilaciones en que se abismaba y el barco comenzó a desprender insensiblemente, remolcado hacia el centro del dique.

Los pañuelos se agitaron en el aire, las luces extendieron sus reflejos en temblorosos renglones cada vez más tenues; luego la multitud se dividió como una masa confusa y después la ciudad, que fué apagando poco a poco las hileras de sus faroles. Hacia proa, la noche, la obscura noche, que envolvía con su silencio las boyas iluminadas a intervalos por lámparas de colores como luciérnagas rojas.

¡Qué extraño le pareció todo a Elvira y qué cruel! Y sin embargo, el río de la Plata llevaba las mismas aguas que ella tantas veces había vencido con sus brazos cuando cruzada los riachos del Tigre, y con las palas de su canoa cuando se internaba aguas arriba sobre el lomo peligroso del Paraná de las Palmas. Porque Elvira no utilizó otro vehículo que su bote, más parecido a las embarcaciones de los indios payaguás que a los lujosos yates de los "clusmen" domin-gueros.

Hija de modestos ribereños, había pasado toda su vida libre entre las islas y sabía de ruidos nocturnos y de silencios impresionantes. También ella había dormido sobre raíces de árboles mayúsculos, junto a troncos tan gruesos y bajo ramas tan altas; también ella entendía la charla de las enredaderas, el lenguaje de los juncos y los mugidos de la selva; también ella sabía partir con el primer balazo de su revólver la cabeza de un gato montés y hasta de una víbora.

Pero encarcelada en aquel vapor de la carrera, a la hija de los ríos le asal-

taron presentimientos horribles. Y le infundían miedo aun la noche y las estrellas.

Ni Héctor ni ella se habían dicho una palabra, hasta que uno de los serenos pasó invitándolos a abandonar cubierta. La pareja descendió en fila por el pasamanos hacia tercera clase. Elvira buscó su lecho en el lado de las mujeres y se tendió en él vestida y de espaldas, mientras Héctor, que tenía ocupado el suyo, hacía lo propio en una de las mesas del comedor.

## II

Con las manos cruzadas entre su cabeza y la almohada y los ojos despiertos, sintióse invadida por esa melancólica serenidad que se posesiona de los que sobreviven a los terremotos cuando reconstruyen, entre las ruinas, edificios, plazas y calles.

En la tarde de un día, que no era 13 del almanaque, ni martes ni viernes, cuando en su canoa hendía las aguas del arroyo Ñancay, observó que un pequeño yate la perseguía. La carrera no se prolongó porque el motor mecánico fué más potente que los brazos de la niña. El yate rozó casi la dévil embarcación, Héctor, que también navegaba solo, viró en redondo para enfrentarse con la joven de ojos negros y tez pálida como las aguas del Delta.

—Ando extraviado —le dijo—, mientras hería su sensibilidad la despreocupada belleza de la isleña.

—¿Hacia adónde navega? —repuso la niña sin desconfianza.

Pero el "yachtman" se dirigía hacia un lugar retirado y poco conocido por los turistas. Por otra parte, Héctor no estaba avezado a los riachos del Delta, ya que navegaba únicamente en las inmediaciones de San Fernando cuando en domingos aislados lo invitaba su padre como descanso para el estudiante y empleado. Y su padre precisamente había sufrido un accidente en una isla próxima al arroyo Las Vacas y le llamaba a la brevedad si quería encontrarlo con vida.

Por esa inclinación natural que sienten los pobres honestos a favorecer aun a los que se tienen por superiores a ellos, fué por lo que Elvira se resolvió a guiar al desconocido, no sin antes haberse asegurado el revólver en su cinturón.

Durante varias horas navegó el yate remolcando a la canoa, como chinchorro, por la ruta segura que conocía la timonel. Y por primera vez la isleña escuchó referencias aristocráticas, de vida social y universitaria, y sintió deseos de conocer Buenos Aires, la gran ciudad tan próxima y a la vez tan indeseada por multitud de habitantes del Delta, que nunca se acercaron a su confusión.

Y cuando a medianoche amarraron las embarcaciones junto a la isla, también por primera vez se ensanchó ante los ojos de Héctor el panorama de la sombría hermosura de uno de los hermosos trozos de bosque virgen de los que ya van quedando tan pocos. A un lado, el canal silencioso; al otro, árboles deformes cautivos por enredaderas advenedizas y troncos carcomidos muriendo en el fango para dar vida a retoños verdes: talas, molles, lianas, cardales y lapachos y una multitud de otros vegetales de toda clase y espesor, de nombres absolutamente desconocidos para el estudiante. Y desde el fondo del monte el grito del chajá y el de los teros, el croar de los sapos y la confusa sinfonía de las alimañas cacheteando los oídos con una poesía nueva que no tenía nada de ruiseñores enamorados, ni de fuentes cristalinas, ni de jardines sentimentales. Y sin embargo, un sentimiento vago prendió en el corazón de la hija de los arroyos y un afecto impreciso en la sensibilidad del extraño, que caminaba por los chircales como los zorros enjaulados.

Desde entonces Héctor frecuentó sus paseos por las islas y durante cuatro

años en su lujoso yate fué también Elvira, que había sustituido la modesta indumentaria por sweaters policronados y blancos shorts tejidos a mano.

Pero en el rancho de la joven, donde la buena madre cebaba el mate para los novios, el prudente isleño había exclamado más de una vez:

—Destrozaría a balazos al que se atreviera a deshonrar nuestra humildad. ¡Pobres pero decentes!

No obstante, los brazos del Paraná, que, contemporáneos a la creación del hombre, formaron con camalotes la entraña virgen de las islas y después la fecundaron para engendrar gigantes en la selva donde tuvieran casas los aborígenes y madrigueras los jaguares, hubieron de contemular impasibles, muchos años después, cómo bajo el pabellón de otros ramajes, en amalgama de inocencia y de ignorancia, se quebraba un vaso de purísima plata.

Pasadas las exitaciones y satisfechos los deseos, los hombres vulgares suelen confundir un acto de debilidad, que en algunos casos es, además, de confianza, de ingenuidad y de amor, con la prostitución mercenaria o con el vicio criminal y desprecian y envilecen lo que primero poetizaban y requerían en toda forma. Los prejuicios y la extrema chatura moral impiden a estos seres mezquinos, reconocer la gran parte de culpa que les cupo y arrojan con villanía sobre las incautas el deshonor del que son ellos mismos los únicos responsables. Pero la intuición femenina suele comprender la evolución del animal satisfecho y lo que fué ilusión del ideal se va transformando en amargura de la decepción.

Fué así cómo el Delta, que le brindó tanta poesía, llegó a convertirse para Elvira, también en el tálamo de su desdicha.

Las visitas de Héctor se hicieron menos frecuentes y alguien comentó que le había visto en el yate con niñas de su clase, pero de esas que por calculada estupidez convencional, son severas con los novios aunque tengan deslices con los amigos.

Elvira supo también que el estudiante se había recibido, después de frecuentar muchos años la Facultad, pero que no era sino un abogadillo adocenado, de esos que hacen más gala del título que de la doctrina, de los que no desaprovechan oportunidad alguna sin mencionar su título y que en el fondo de su alma envidian con villanía inconfesable a los que tienen mayor preparación, más inteligencia y méritos mejor conquistados.

La isleña sencilla no dió mucha importancia a estas miserias, pero el ídolo se hundió para siempre. Fué al hombre a quien resolvió confesar su estado de futura madre.

—¡Qué fatalidad! —exclamó Héctor ante la nueva— Mi estudio nada puede producirme todavía y sólo dispongo del modesto sueldo de empleado.

—No importa, insistió Elvira— yo trabajaré y nos ayudaremos...

—Tú tendrás que atenderte a ti misma —interrumpió él con fastidio— y el doctor Mendióroz se habrá casado...

—Con una isleña ignorante —terminó ella la reticencia—. Hablemos con franqueza, Héctor; si ya no me sientes el resto de aprecio que yo, ¡tonta de mí!, esperaba, ten valentía y dímelo. Será honradez en esta circunstancia y yo sabré evitar la vergüenza de los míos y huir a donde pueda ganar honestamente el pan. Me sería difícil resignarme a un amor de compasión y tampoco querría serte carga.

El hombre pensaba en ese momento en las amenazas del isleño, y sobre todo en un asunto comprometedor que acababa de acontecerle en el empleo a él, que en sus delirios había soñado con la Presidencia de la Suprema Corte.

Tal vez por venganza, uno de sus subordinados a quien no trataba con la equidad y ni siquiera con ese grado elemental de cultura que corresponde al empleado nacional; se había dirigido, a través de la jerarquía, nada menos que

al Ministro y solicitaba un sumario para el doctor Don Héctor Salvador Mendióroz. "...por haber sustraído para su uso, libros, máquinas y otros objetos de la oficina; por haber utilizado sellos postales del juzgado en envíos personales; por abuso de autoridad..., autoridad moral que no puede manifestarse cuando es habitual la inhonestidad y cuando un jefe se ha hecho acreedor a multitud de prevenciones y castigos en el curso de un cómodo empleo..." En la nota se precisaban, además, otros cargos documentados con fechas y con testigos.

Todo esto recordó Héctor en unos segundos y también las penas con que castiga el Código hasta a los simples ciudadanos que cometen atropellos y hurtos. Le asaltó la sospecha también, de que todos los empleados, "soto voce" comentarían sus historias y sus andanzas. Miró con cínica serenidad a Elvira y capituló cobardemente con esta trivialidad:

—Me admira que hayas dudado de la sinceridad de mi afecto, —dijo maquinalmente mientras pensaba en sus inconvenientes burocráticos; y añadió con intención— lo que me preocupa es el disgusto de los tuyos que será ineludible. ¡Elvira! Yo no podría nunca abandonarte, ¡Huyamos!

Y huyeron.

### III

Eran las seis de la mañana cuando los primeros rayos de luz atravesaron el ojo de buey semiabierto. Elvira interrumpiendo sus recuerdos, se arrojó del lecho y fué a reunirse con los otros pasajeros, que contemplaban el faro encendido sobre el Cerro de Montevideo. Y entretuvo sus ojos con las pequeñas olas, ora de verde esmeralda, ora de color turquesado, tan distintas de las barrosas aguas del Delta. Quería alejar su espíritu atribulado de reflexiones agobiadoras, quería sepultar para siempre sus sueños y sus ansias, quería olvidar los seres amados, no porque temiese a su concepto sino por la pena que le causaba el dolor de los suyos. Pero se sentía pusilánime ante el mar infinito que la llamaba a su seno con murmullo aterrador. De todos modos, su vida estaba deshecha, se había inmolado inútilmente y su destino podía muy bien terminar en las aguas que la vieron nacer. ¿Qué le quedaba ahora a ese hombre que no lo pudiera tener el más humilde de los isleños? Ni talento, ni dignidad, ni decencia. ¿Talento? Era un mediocre envanecido de su propia estulticia. ¿Ingenio? Era un repetidor, un plagiador. ¿Dignidad? Adulador, cobarde y servil con los superiores, a ella le constaba que había sido capataz, sargento y matón con los subordinados. ¿Qué decencia podía esperar de un corrompido y ratero que la humillaba? Si supo también que fué un arrivista de origen humilde y rancheiro como ella. ¿El físico? Tampoco. ¡Misterios del amor que a tan caro precio se adquiere! Pero ¿Por qué no tomó veneno cuando comprendió que el mal estudiante y peor burócrata la había hecho juguete de una pasión? Sólo le restaba terminar allí mismo y hundirse para siempre en la soledad melancólica del silencioso infinito. La llamaban las olas, y fué a lanzarse al agua cuando una claridad rojiza se encendió de súbito. El sol, que se abrió paso entre las nubes bañando de claridad la ciudad, el puerto y el barco. ▼ Elvira sintió en sus entrañas los primeros movimientos de su hijo; entonces, de su propia timidez, triunfó la decisión que imponen las cosas irreparables.

A su lado, estaba Héctor con las valijas listas para el desembarco. El viejo marinero con quien éste había pasado parte de la noche reconoció en Elvira a la pequeñuela, hija de su viejo camarada, el isleño don Pedro Altamirano, pero no supo leer en la nueva expresión de la mujer el doloroso trance por que pasaba.

Antes de despedirse y después de las mutuas referencias de uno y otros,

se ofrecieron los servicios. Y el camarero pudo observar desde cubierta cómo la pareja se alejaba sin la alegría de los otros turistas, hasta que desaparecieron en las puertas de la "Aduana".

Pasaron cuatro meses sin que el viejo tuviera noticias de sus compañeros de viaje, pero en sus días de franco había vuelto a las islas y su amistad con Altamirano tenía la misma franqueza de antes, como si el tiempo no los hubiera separado.

¿Por qué el viejo camarero, en una mañana tan cruda de invierno tomó ese camino y descendió en la esquina de la calle Ibicuy y fué en derecha hasta aquella casa y se presentó de improviso? ¿Cómo lo supo? Es lo cierto que llegó solo hasta la habitación desmantelada y miserable donde sobre unas piltrafas de cama yacía Elvira con el hijo prematuro que diera a luz nueve días antes. Los vagidos del niño, en el más incivilizado de los desamparos, se confundían con las lágrimas silenciosas de la madre lívida. Entonces supo lo que aún no había aprendido en su larga vida de mar: la tragedia detestable del salvajismo asfixiando a la miseria; supo del hacinamiento de mujeres de doce años entre esas mismas paredes; supo de abortos inhumanos; supo de venta de carne blanca; supo de sobornos; supo de toxicomanías; supo todo lo más terrible, lo más pavoroso, lo inconfesable.

Y no esperó más; tomó al pequeñuelo ochomesino y a la madre, los enfundó en un vehículo y los llevó al puerto a su vapor de la carrera que regresaba esa noche.

#### IV

Cuando a la mañana siguiente, entre la neblina fría y espesa de Buenos Aires, los tres viajeros descendían al muelle, los obreros del Dock Sud observaron que se embarcaban de nuevo en un lanchón a petróleo, de esos que los genoveses utilizan para transportar leñas y frutos.

Era toda la familia de Elvira que la esperaba para abrazarla con más afecto que nunca, eran los abuelos del niño que lo cubrían de besos, era el estuario inmenso que se abría bajo la quilla como se abrirían poco después los arroyos del Delta para la hija del agua. Y el lanchón se perdió a lo lejos, aguas arriba hacia el "Paraná de las Palmas".

Demetrio Stambul.

# TIO PAGO

JEREZ ARGENTINO

Distribuidores: Termas Villavicencio S. A.



De paladar  
seco y varo-  
nil, para los  
buenos co-  
nocedores.

# Misión de la juventud iberoamericana

La trama de la historia se teje con la armonía maravillosa de la libertad del hombre y la Providencia de Dios. No hay fuerzas que determinen fatalmente la vida de las comunidades humanas. Sólo hay circunstancias que condicionan y limitan la existencia. Pero, siempre, a pesar de estas circunstancias que definen a un medio histórico, geográfico o racial, queda a salvo la libertad del hombre para escoger su camino hacia el oriente que señala la mano de Dios. Por eso, dentro de la idea cristiana de la historia, hay horizontes abiertos para la marcha del hombre, rutas que su paso puede recorrer, empresas que acometer, metas que su esfuerzo puede alcanzar dentro del plan de la Providencia para el mundo. No estamos en la vida para ser juguete de los acontecimientos desencadenados. El papel del hombre es someterlos a las categorías del espíritu: "En el principio era el Verbo", leemos al abrir el Evangelio de San Juan.

Toda tarea humana ha de cumplir con dos condiciones esenciales: Primero: expresar el sentido exacto y profundo del hombre, criatura de Dios, cuya naturaleza cayó herida, pero hacia la cual vino la Redención para permitirle escalar la cima sobrenatural de su destino. Segundo: estar ubicada, en todas sus perspectivas, dentro del clima histórico en que debe desenvolverse. "El cristiano está en el mundo sin ser del mundo". Sí, está en el mundo, no huye de él; está en medio de sus dolores y de sus miserias, de sus alegrías y de sus esperanzas. Y allí, en medio de la realidad del mundo, su presencia viva, llena de fe, es una tensión permanente hacia lo que no pertenece al mundo, hacia lo sobrenatural, hacia lo que espiritualiza y eleva la condición del hombre sobre la tierra.

Diversos aspectos tiene la labor que nos corresponde llevar a cabo. Algunos de ellos como fines específicos de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos de Santiago de Chile, que me sirven de motivo para este artículo.

Netamente espiritual ante todo, en cuanto ella reúne a las organizaciones de Acción Católica Universitaria y debe ajustarse estrictamente a las normas que en tal sentido rigen para todos los países. Fuera y por encima de las contingencias de orden temporal que nos solicitan como ciudadanos de las patrias respectivas y de la comunidad iberoamericana. Sin comprometer jamás su misión, ya que ello implicaría comprometer a la Iglesia, en las fluctuaciones de la vida temporal, especialmente en el campo de la política militante.

De carácter cultural, después. En nuestra América habrá de florecer una nueva cultura, que señale las líneas orientadoras de una nueva existencia para los pueblos nuestros. Esta cultura tendrá que expresar, para los tiempos que vienen, la verdad eterna del hombre, en concordancia con nuestra tradición y nuestras características históricas, y al calor de la nueva realidad del mundo que amanece.

Por último, habrá de proyectarse en la vida política y social de Iberoamérica. Aunque este aspecto sale de los marcos propios de dicha Confederación, serán seguramente los hombres y los grupos que ella forme los llamados a realizarlo en los distintos pueblos iberoamericanos.

Para definir los contornos de esta múltiple tarea, nos hemos congregado ahora en Santiago de Chile, como hace diez años en Roma, y, más tarde, en Lima y en Bogotá.

Desde la fecha inicial de la Confederación, acontecimientos de trascendental significado se han producido y se están produciendo en todos los continentes de la tierra. De ahí la urgente necesidad de ubicar históricamente el sentido de la misión de las nuevas generaciones iberoamericanas.

Un mundo queda atrás, prendido en las páginas de la historia. Y en aurora enrojecida por el resplandor de esta terrible contienda universal, surge un mundo nuevo. Grave e irreparable error sería no comprender el sentido profundo de los acontecimientos que vivimos. Poco después de la revolución francesa, el pensador católico José de Maistre escribía que el error había sido no darse cuenta de que se trataba de una época que moría y no de hechos aislados. Y son de Godefroid Kurth en su libro "La Iglesia en las encrucijadas de la historia" estas palabras: "Desligando su causa de la de una clase que quería hacerla solidaria con ella, la Iglesia le responde como a los judíos, a los romanos, a los feudales, como a todo pasado: deja que los muertos entierren a sus muertos y concluye un pacto con las fuerzas vitales del siglo XX".

No sabemos ni podemos saber los perfiles que tendrá el mundo que surge hoy en la historia. Y es posible que dentro del plan providencial no esté contemplado un acercamiento del hombre a la vida del Evangelio. Inescrutables son los designios de Dios. Podemos, eso sí, afirmar a ciencia cierta, como dice Maritain —la primera figura intelectual del catolicismo contemporáneo— que "la presente guerra nos advierte que ha concluido la neutralidad. De grado o por fuerza, los Estados estarán obligados a escoger en pro o en contra del Evangelio".

Llega a su fin el período del humanismo del Renacimiento. Su error consistió en haber desligado al hombre de su finalidad suprema. El nuevo humanismo, el humanismo cristiano al que debemos tender, como verdadera expresión cultural, significará la restauración de la auténtica jerarquía de los valores. La vida temporal se organiza para servir al hombre, a la vez que la existencia de éste se endereza hacia su finalidad suprema: Dios. En estos últimos años, el hombre angustiado por su vivir vacío, ha erigido como metas de su vida el Estado, la clase, la nación o la raza. Felizmente hoy se derrumban estos mitos después de haber costado sangre a la humanidad dolorida. Y la personalidad humana, valor eminentemente cristiano, aparece como centro necesario para organizar la vida de las sociedades. "Siendo la persona un universo de naturaleza espiritual —escribe Maritain— dotado de libre albedrío, y constituyendo, por ello, un todo independiente frente al mundo, ni la naturaleza ni el Estado pueden penetrar sin su permiso en este universo. Y Dios mismo, que está y obra dentro de él, actúa en él de un modo especial y con una delicadeza particularmente exquisita, que demuestra la importancia que le concede, respeta su libertad, en cuyo centro, sin embargo, reside; la solicita, pero jamás la fuerza". Y este sentido de la per-

sonalidad humana lo hallamos en la auténtica, la verdadera tradición española, nervio de nuestro acervo cultural. Por algo puso Calderón en boca del Alcalde de Zalamea estos versos:

Al rey la hacienda y la vida  
se ha de dar; pero el honor  
es patrimonio del alma,  
y el alma sólo es de Dios”.

Así entendida la vida, el Estado, la sociedad y la economía tienen por objeto procurar al hombre el medio más favorable para su pleno e integral desarrollo. El estado no es un fin. Tampoco lo es la economía, ni puede quedar ésta entregada a leyes similares a las que rigen el mundo físico. El universo económico no es independiente del criterio moral, que debe regir todos los hechos humanos; el orden de lo económico queda subordinado a los fines superiores de la vida humana. El uso y la propiedad de los bienes sólo tiene justificación en este sentido, en el sentido de procurar a los hombres —a todos los hombres— el mínimo necesario para el ejercicio de la virtud, según el decir del Doctor Angélico, los bienes indispensables para su pleno desenvolvimiento personal. Por eso dijo S. S. León XIII, con palabras de fuego, que el régimen actual pone “sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos”.

A esta idea universal de una cultura humana, nosotros, iberoamericanos, tenemos que darle expresión y vida en nuestro medio histórico. Enraizarla en nuestra tradición — tradición que es vida y no contemplación estática y dolorida de un pasado ido — y darle contenido de tarea creadora, de empresa constructiva para las nuevas generaciones.

Debemos pensar, en primer lugar, que la tarea iberoamericana no es tarea aislada ni menos aún contraria a las tareas propias de otros pueblos y otros continentes. Cada nación —o cada conjunto de naciones cuando tienen un destino común— ha de hacer converger sus esfuerzos hacia los fines generales de la comunidad universal. La afirmación de la propia personalidad no excluye la necesaria convivencia, dentro de la justicia y del amor, con las personalidades distintas que produce la vida en su maravillosa variedad. Dentro de una cultura cristiana, universal, católica, no caben exclusivismos.

Por otra parte, yo personalmente no creo que las posibilidades de Europa hayan sido segadas en definitiva. Pienso que Europa, cuando venga el día tras esta noche triste, continuará por muchos años en su misión orientadora. Yo no puedo pensar que se haya perdido para siempre en la obscuridad de los tiempos ese maravilloso renacer cristiano que vimos en Francia, tanto en el orden del pensamiento como en el de la vida social. Y tampoco pienso que haya terminado la misión de España en la historia universal.

Así debemos entender el problema general americano. Yo no creo en un panamericanismo más o menos vago y sentimental. Tampoco me parece de acuerdo con una idea universalista y cristiana de la cultura, una necesaria oposición entre Iberoamérica y la América sajona. Se trata de realidades diversas que no deben confundirse ni tampoco oponerse. Cada una de ellas tiene una significación específica, y dentro del respeto a lo que les da sello y personalidad propia, tienen que complementarse para contribuir a los fines generales de la cultura y de la vida humanas.

Dentro de una visión amplia, generosa, caritativa, ha de dibujarse en el futuro la misión de Iberoamérica, ha de perfilarse nuestra propia y definida personalidad. La raíz de nuestra comunidad la constituye la cultura hispánica

que recibimos todos, y que dió en estas tierras vírgenes una magnífica floración, diversificada según las modalidades propias de los distintos pueblos. Todas ellas constituyen las ramas del árbol vigoroso de la humanidad. Y empleo esta palabra a pesar de que su contenido auténtico ha sido deformado en el correr de los años recientes.

Durante un siglo, innumerables factores han dispersado los esfuerzos de Iberoamérica. Hoy se trata de reintegrarlos a una finalidad común. He aquí la tarea de las nuevas generaciones, que nadie como vosotros, universitarios de Iberoamérica, tiene la posibilidad y el deber de capitanear.

Señalada la tarea, hay que decir una palabra sobre los medios que permitirán alcanzar la meta perseguida.

“La salvación de los pueblos —ha dicho S. S. Pío XII— no viene de los medios externos. Las energías que han de renovar la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu”. Por eso yo prefiero a la imagen de un ejército en batalla para señalar la misión de los cristianos, esta otra: la de un manantial inagotable cuyas aguas vivificadoras llegan a todas las tierras para bañarlas de caridad, para impregnarlas de amor. Un escritor que está tal vez bastante lejos del catolicismo, Aldous Huxley, dice en su libro “El Fin y los Medios”: “Este es el mundo en que nos encontramos: un mundo que, si se juzgase en base del único criterio aceptable de progreso, se encuentra en regresión manifiesta. El adelanto tecnológico es rápido. Pero sin progreso en caridad, el adelanto tecnológico es inútil”. Y agrega: “El fin no puede justificar los medios, por la sencilla y clara razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines obtenidos”.

La empresa de los universitarios de Iberoamérica, debe ser una magnífica e inagotable irradiación de caridad. Proyectada en todos los órdenes de la humana actividad, espirituales y temporales, en todos ellos ha de llevar este sello distintivo del cristiano tanto en los medios empleados como en las finalidades buscadas. Sólo así podrá construirse la nueva cristiandad, después de estas horas de violencia y de odio que han llenado de dolor la vida del hombre.

Universitarios católicos de Iberoamérica:

Hace diez años, en Roma echamos las bases de la organización que nos ha reunido. No son los mismos rostros ni la cita es ahora en la Ciudad Eterna, en estos instantes cubierta por sombras de muerte. El espíritu, sin embargo, es el mismo. Estas líneas meditadas, quieren expresar la fe de los que nos congregamos para iniciar la jornada. En nombre de todos ellos, yo escribo con el centinela de la Biblia cuando se le preguntó qué divisaba en la obscuridad de la noche: “Va a amanecer”.

*Manuel Garreton.*

Santiago de Chile, septiembre de 1944.

# La pintura boliviana

## contemporánea - Gil Coimbra

B

OLIVIA tiene una fortuna. El paisaje y el suelo inagotables. El culto del primero llevó a Bolivia a uno de los más altos sitios del arte pictórico. Haya nacido en la austeridad altiplánica, sea hija del oriente virgen, la pintura es aquí el arte supremo, porque suprema es la deidad que refleja: la tierra. La tierra en su doble aspecto de belleza y de riqueza. No en vano besa el indio la tierra, la "Pacha Mama", madre del pan que se mecía fecundo, madre de la montaña, del árbol, de todo cuanto existe.

De allí la fecundidad de la pintura boliviana y su jerarquía y excepcional significado dentro del arte americano.

Podemos hablar en Bolivia de una cultura de vetustez asombrosa. Los antecedentes de la pintura boliviana se remontan, según el humor de los arqueólogos —al decir de Gil Coimbra— a 5000 o 50.000 años, o sea a la cultura aborigen que culminó con Tiahuanacu, a orillas del lago Titicaca, en el centro mismo de la meseta andina.

Las líneas generales del estilo tiahuanacu se rigen por la llamada línea escalonada que se inspira en la formación geográfica del terreno. A la llegada de los españoles el estilo se vió sepultado por el exceso de ornamentación plateresca, pero queda en las obras artísticas más visibles (la arquitectura) el espíritu indígena en la reciedumbre de

las formas y en el primitivo del tallado. Dentro de la pintura, la confluencia de estas dos culturas no se vió de un modo palpable hasta que los lienzos murales dejaron de tener como único objeto la catequización del indio, con el realismo dramático del siglo XVIII español.

En este tiempo, en el que se formaron centros de gran importancia para el arte americano, como Potosí, los criollos y los indios pintores no hacían sino copiar y repetir los cuadros ya clásicos en las escuelas italianas y españolas. Eran pintores modestos, llenos de fe y virtud religiosa, que se escondían en el anonimato. Sin embargo han surgido dos personalidades de alto prestigio en esta etapa, que son los pintores indo-españoles Gaspar Melchor de Berrio y Melchor Pérez Holguín.

Pocos indicios de la tendencia nativista o folklórica se ven en las obras de estos maestros. A lo sumo lo anecdótico aparece en forma de procesiones de Santiago, Patrono de los indios, devociones y retratos de nobles y ricos mineros o "azogueros", como se los denominaba en aquel entonces.

La república transcurrió en el auge del romanticismo en Europa, de tal manera que la pintura solo refleja paisajes idílicos de estilo preciosista, escenas mitológicas y alguno que otro cuadro histórico.

Hasta 1920, o sea un siglo después de la Independencia de Bolivia, no hubo

ningún cambio sensible en las ideas de los pintores bolivianos. Es recién de hace cinco lustros que el arte en general ha hecho un franco viraje en sentido nacionalista, con alusiones elocuentes a lo regional en el paisaje y en la vida del hombre.

Actualmente, la pintura, sin haber entrado a las innovaciones europeas del surrealismo, cubismo y futurismo, marcha por el cauce de una vigorosa interpretación social, reivindicando — son palabras de Gil Coimbra — la figura aborigen de todas las taras y miserias que le endilgó una mentalidad decadente.

Hay muchos y muy importantes pin-



tores bolivianos dentro de esta tendencia, con una clara diferenciación en su expresión estilística: Arturo Reque Meruvia, Jorge de la Reza, Gil Coimbra, Alfredo Araujo Quesada, "Geranio" Ibáñez, Cecilio Guzmán de Rojas, Alejandro Mario Illánéz y Crespo Castelú. De este grupo, el pintor más joven y más desprejuiciado en lo que se refiere a "escuelas" y "tendencias" es sin duda alguna Gil Coimbra.

Pertenece Coimbra a esa generación nueva, sacrificada en el Chaco, y fué allí precisamente, en la oscuridad de

los batallones, donde se reveló el pintor, recogiendo en la escuela de la guerra las vigorosas interpretaciones que vocearan su nombre y lo exaltarán a los más altos sitiales del arte boliviano. La carrera artística de Coimbra está así iniciada, y no tardó en constituirse en creador y apóstol de un arte reivindicatorio, retomando el tipo nacional, el indio, no ya enfermo, dramático, agonizante, sino desnudo y muscular, vigoroso y fuerte, lleno de fe, de orgullo y de esperanza. La revalorización de lo boliviano encontró en Gil Coimbra el



mos obtener de él, lo que ningún arte puede suministrarnos.

Durante muchos años Gil Coimbra se dió enteramente a la pintura. Pero, acaso en virtud de esa concepción social del arte, creyó Coimbra llegado el momento de intervenir desde el ángulo político en la reconstrucción nacional, y su pueblo, al que abandonó para ir a combatir al Chaco, se hizo representar por el artista en la Cámara, en las últimas justas electorales.

A pesar de todo, al margen de sus deberes políticos —así nos lo expresó— seguirá cultivando el arte de la pintura con el mismo amor de siempre y en



propulsor máximo y el “yo” racial, ese contenido “telúrico” del que hablarán los escritores argentinos que nos visitaran en Julio, lo único eterno en el paisaje, reunió en el lienzo la belleza de la montaña y el sentir del ambiente.

La pintura psicológica de Coimbra polariza hoy el sentir general de un pueblo de retorno al culto de la nacionalidad y la soberanía. Es la nueva sensibilidad artística, en la que las ideas sobre arte se mezclan a las ideas sociales. Nada raro en un arte como la pintura, cuyo lenguaje es preciso y poder-

constante anhelo de superación personal.

Este caso singularísimo es tanto más significativo cuanto que ni en Méjico, a pesar de la popularidad y de la actitud francamente política de la vida y obra de artistas como Siqueiros, Orozco y Rivera, no lo llegamos a ver.

Para nosotros, los que en alguna forma somos solidarios, quiero decir, pertenecemos a “SOLIDARIDAD”, nos es sumamente grato contar a Gil Coimbra en el número de nuestros amigos y lectores de más alta jerarquía.

# ORURO EN LA SANGRE

*Del paisaje en general (Naturaleza, Hombre y Otros Motivos) de la otrora llamada Real Villa de San Felipe de Austria, que, a la larga y porque el tiempo lo quiso, llegó a ser mi tierra: Oruro, cuya esencia llevo en mis venas.*

Carlos Mendízabal Camacho

“El arte” — había dicho Verón — “es la manifestación externa de emociones internas, producidas por medio de líneas, de colores, sonidos y palabras.” Y Bolivia, tierra de poetas y de artistas, es tierra madre del arte. Album de líneas, de colores, sonidos y palabras, exteriorizan magníficamente sus páginas los poetas y artistas en sus múltiples sugerentes detalles.

Y así, la historia de la poesía boliviana ha ido hilvanando un rico collar de poetas; y cada poeta hizo de la débil llama que iluminó sus noches de labor una perenne estrella que hoy ilumina los cielos literarios de América. Una pintura, en la que la encarnación poética adquiere trazos definitivos y una categorización formulada por unos pocos hasta ahora en la poesía boliviana, es sin duda alguna la del joven poeta Carlos Mendízabal Camacho. Hijo de Oruro, uno de los más grandes centros estañíferos del altiplano, siguió con sus “ojos de penumbra, tendidos al infinito” la caravana de la tristeza y la miseria de su pueblo. En este sentido, podemos dar a sus reproches todo el alcance de una crítica social y moral. En este su poema, desahogo denso de amargura, se siente el alma minera con su pesado problema, su dolor, su vida silenciosa y ruda.

*Pasa el fantasma del tiempo  
Sobre una negra quebrada;  
A lo largo está un silencio  
Llorando con voz de nada.*

*En las esquinas las penas  
Unas a otras se amargan  
Y en las puertas los tormentos  
Están cuidando las casas.*

*Unos pechos que revientan  
Parecen clamar venganza,  
Y unos gritos oprimidos  
Son protestas torturadas.*

*Se truncan las ilusiones,  
Se truncan las esperanzas;  
Sólo el dolor de mi pueblo  
En alas del tiempo... pasa...*

Y cae la doble noche sobre Oruro; y háblale el poeta...

*Noche, dime, cuándo llegas;  
Descansa mi triste pueblo...?  
Tu triste pueblo se queja  
Sobre todos los senderos.*

El poeta preguntó a la noche. El día apaga la queja y la conciencia del dolor huye con las sombras.

Revela Mendízabal Camacho, en muy pocos versos, el alma embrionaria y torturada de esas gentes, cuyos labios ni

siquiera adornan un trágico cantar o un comentario de rica expresión. Siempre el silencio. Aproximase el poeta más íntimamente a la vida, a su gestación oscura, brotando el verso del aliento vital del alma, y en el cuadro general de la "Calle Minera" se particularizan los aspectos más íntimos de sus personajes, en el análisis interior, en la vivisección de las emociones.

Se nota en Mendízabal Camacho cierto afán de caza de la metáfora, pero inspirada por algo así como una pujanza estructurante, constructiva; no imitada, ni rebuscada, ni culta, sino trasunto fiel y espontáneo de su sentir profundo y propio de las cosas de su ambiente. Sobrio y sentido, ajeno de hojarascas y facundia huera; macizo, pleno, destilado de substancia y como salido de la abundancia del corazón, añade a la justeza del detalla un estilo agradable de máxima realidad espiritual.

Muchas veces observó los opulentos cerros, hinchados de riquezas que el deseo no agotan; vió penetrar al HOMBRE en sus venas para salir al sol el METAL y tan sólo una SOMBRA.

*Señores de la mañana  
Que vieron pasar los siglos...!  
Parecen pechos abiertos  
A golpe de hombre y cuchillo.*

Pero no todo es drama en Mendíza-

bal Camacho, ni todo tiene por doliente escenario la veta enigma de la vida y de la muerte. Sin la picardía, el humorismo, la gracia, ese aire de religiosidad tradicional, algo vago quizás, negaría su raigambre íbera, que constituye el fondo de su naturaleza y que revela una raza por excelencia aguda.

Su poesía es ajena a corrientes culturales extrañas, que él de ninguna manera desprecia, pero en las cuales tampoco hace consistir la belleza de su estilo.

Y así, con esa malicia tan criolla, salpicada de sabrosa ingenuidad dice en su "Cantar":

*Cholita labios de airampo,  
De doncellez de cristal,*

*Si no quieres ir al campo  
Vámonos al arenal.*

Realmente, poniendo en positivo la frase de Tolstoy, si un arte alcanza a conmover a los hombres, no es porque estos tengan gusto a inteligencia; es porque ese arte es bueno o es arte absoluto. Y no creo que a Mendízabal Camacho le quede grande el arreglo tolstoyano.

En sus versos se respira no sé qué diafanidad; se observa no sé qué claridad, se descubre no sé qué naturalidad. Pero una cosa sabe su lector, y es que lo conmueve.

Diafanidad, claridad, naturalidad...

*La soledad y la luna  
Se han vuelto arenal de halagos  
Para el kirkincho que un día  
Será notas de charango.*

En este otro, un poema —podríamos decir— lleno de vigor racial, un poema que pretende ser visión, el poeta ve la fuente hecha río, ve el embrión hecho gigante, ve...

*Un charango que desgrana  
Romances de kori-sonko,  
Y una quena que es el tronco  
De una orquesta de mañana...*

Y cerraré su libro, porque acabaré por copiarlo íntegro. No da el lector con un solo verso poco feliz. También cerraré estas líneas porque no pequen de extensamente, de infinitamente elogiosas.

Ah! esto aún. En Bolivia se lee y se aprecia a los poetas argentinos. Los poetas argentinos no desconocen a los poetas bolivianos, y pueden ir agregando el nombre entre los nombres de este joven poeta de Oruro, que con su primer libro de versos nació dignamente para la poesía Nacional, y más, para la poesía latinoamericana.

Qué más se puede pedir. Bolivia y Argentina en vinculación de cunas, de historia y las nobles cosas del espíritu. Todo lo demás se nos dará evangélicamente por añadidura.

Dionisio Varga

# Primavera

Flores en los durazneros  
Y flores en los espinos,  
y flores en los naranjos  
flores en los paraísos.

Revienta la primavera  
en los brotes peregrinos  
que engalanan de milagro  
los árboles florecidos.

Y es cada árbol un ramo  
y cada rama un hechizo  
y hasta los más viejos troncos  
de flores se han revestido.

Parecieron fenecer  
durante el invierno frío,  
los azotó la llovizna  
cantó el viento su gemido

en las arpas dolorosas  
de sus gajos doloridos.  
Se hundió la savia bien hondo  
y se quedaron transidos.

Pero ahora con el beso  
del primaveral solcito  
el calor los revivió  
y se poblaron de nidos.

Mil pimpollos engalanan  
los viejos troncos dormidos...  
flores en los durazneros  
flores en los paraísos.

De flores están mis manos  
tan cubiertas, oh Dios mío,  
que no se qué hacer con ellas  
que me cierran el camino.

Floreció entera mi alma  
Como los troncos benditos.  
Yo quisiera darlas todas  
darlas a los pobrecillos.

Porque no tengo otra cosa  
que esos versos que han nacido  
en el fondo de mi alma  
y son flores de mí mismo.

Por eso quiero arrojarlas  
al paso de los amigos  
llenar todos los senderos,  
sonreír a los caídos,

que no sé que hacer con ellas  
que están mis manos, Dios mío  
todas cubiertas de flores  
Como los viejos espinos!

JUAN CARLOS  
DE LA CALLE

# Del "Cántico de Bernardita"

## a "Bernadette"

**E**L mes de enero ppdo., en una de las más grandes salas de espectáculos de Nueva York estrenóse, como primicia absoluta, la película "Bernadette". Llegaba al público en medio de una impaciente curiosidad y luego de una creciente, diríase apasionada expectativa, causadas en toda clase de personas: católicos, simples creyentes y también indiferentes o incrédulos, por el deslumbrador éxito librero que alcanzara la biografía novelada de donde se había sacado el argumento: El Cántico de Bernardita de Franz Werfel.

En 18 meses, tan sólo de la versión inglesa (el original fué escrito en alemán) se había vendido medio millón de ejemplares. Respecto a la edición francesa, también pudo hablarse de éxito rotundo; cuanto a la castellana, quiero decir: la editada en esta Capital (pues circula otra en Chile), en menos de un año —y muy a pesar del precio exorbitante de venta— se ha llegado a la segunda edición, casi tan cara (en rústica y todo) como la primera.

También en el mes de enero ppdo. —y precisamente el día 8— cumplíanse cien años del nacimiento de Santa Bernardita Soubirous. La coincidencia, sin duda sugestiva, probablemente sea tan sólo casual, pues no me consta que los comentarios periodísticos hechos al film, por escritores católicos, hayan subrayado tal cosa. Pero sabemos que de coincidencias, no sólo sugestivas, sino sorprendentes, está repleta la historia. Más sencillamente, ¿por qué no pensar que en esta casualidad tenemos otra providencial confirmación —realmente espectacular luego de las de Roma, en 1925 y en 1933— de aquella profética frase con que el deán Peyramale da el postrer saludo a la vidente, en la Casa Religiosa de Nevers, tanto en la biografía de Werfel como en esta versión cinematográfica de la Fox Film: "Bernadette, ahora tú empiezas a vivir para nosotros"?

Desde aquel no tan lejano mes de enero, en efecto, para millones de espectadores la pequeña campesina semi-analfabeta del Pirineo francés se ha vuelto en algo "vidente". Y no se trata sólo de espectadores del Norte de América. Antes que termine este año centenario, en Australia, en la India, en gran parte de Europa (el 28 de junio se pasó el film en una sala del Vaticano, ante el Card. Pizzardo y una muy selecta concurrencia) como aquí en la América del Sur (ya se anuncia próximo el estreno en Montevideo), gracias a "Bernadette" —historia sencilla, emotiva, sin ribete alguno de heterodoxia— habrá empezado a vivir para el mundo entero la epopeya lourdiana, la de aquella que fuera involuntaria y como pasiva protagonista de tan extraordinarios acontecimientos.

Pero, en realidad, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué tanto y tan general interés por un relato y una película que, en fondo, deberían limitarse tan sólo a cierto público?

Es punto menos que seguro que ni de lejos columbraba Werfel, cuando re-

dactaba las carillas del original, la rápida resonancia mundial de su última y más célebre biografía novelada. Por un compromiso de honor habíala escrito; por uno de aquellos compromisos cuyos misteriosos pormenores se escapan a la observación de la crítica más sagaz, por haberse desarrollado en lo íntimo del ser humano, embargado a la sazón por emociones contrastantes, de intensidad antes desconocida o raras veces experimentada.

Cumplió al pie de la letra el escritor checoslovaco; como primer libro luego de su dramático salvataje de la Europa en llamas puso mano a la obra de escribir la vida de Bernardita. Lo hizo lo mejor que pudo, en agradecimiento por habersele ahorrado a él y a su familia los horrores del campo de concentración. Y ahí tenemos su obra, a los dos años de publicada, extenderse por los caminos más alejados del globo, en los principales idiomas del mundo.

## EL MILAGRO DE LASSERRE

Algo muy parecido aconteció hace setenta años. También entonces era un escritor de valía el que se ocupaba de Lourdes: Henri Lasserre, periodista de garra y de brillantes contornos literarios, quien descuidara en su virilidad la fe de sus padres para seguir la corriente agnóstica entonces de moda, en Francia como en todas partes. Había quemado tal vez con harto entusiasmo su incienso, ante ese ídolo de los pies de arcilla en cuyo pedestal leíase la inscripción: "a la cultura laica y al progreso científico". En aras de una vacua cultura advenediza y de una ciencia sin bases metafísicas ni desarrollos no había dudado sacrificar algo de sí. Dios tenía sin embargo motivos suficientes como para no dejar que se perdiera aquella inteligencia ágil, abierta, sintética, capaz de captar como pocas la esencia de los hechos y la íntima trabazón de los acontecimientos, para fijarla luego en una prosa robusta, nerviosa, rica en variaciones y tonalidades. Le envió su gran mensajero, el benéfico consejero y amigo de tantos grandes de todos los tiempos: el dolor. En contados meses Lasserre fué perdiendo la vista hasta quedarse casi del todo ciego. La ciencia de la que era tan orgulloso, se declaró impotente por boca de los más celebrados especialistas de su época... Pero, ¿de qué milagro podría hablársele? Sin embargo, su reluctancia a probar las aguas de Lourdes fué al fin vencida por las afectuosas insistencias de dos esposos protestantes, amigos suyos. ¿Por qué aquel manantial que había curado de repente —dejando al mismo tiempo todas las cicatrices— la ceguera del escultor Bourriette no habría de curar la de Henri Lasserre?

"La Señora" no defraudó tan cálida esperanza puesta en Ella. Más bien la completó. Al recobrar el uso normal de la vista, Lasserre obtuvo el don más precioso aún de la fe viva. Y se propuso poner su pluma, otrora mundana, al servicio de Aquella de quien recibiera tan señalados y milagrosos beneficios. Desde entonces su Nuestra Señora de Lourdes ha sido traducida a todos los idiomas más importantes del orbe; y no ha habido obra igualmente documentada que más que ésta alcanzara una difusión universal, poseyendo hoy aún, pese a lo anticuado de ciertos documentos periodísticos en ella transcritos, un valor probatorio que el tiempo no conseguirá destruir.

Como resonancia mundial, luego de Lasserre vino Werfel. Cambiaron los tiempos. Sin decaer para nada la sed de pruebas científicas entre toda clase de lectores, hoy el público gusta de manera extraordinaria el género literario llamado "la biografía novelada". Quiere que el vigor de la argumentación histórica y la forzosa aridez de los documentos, sean aliviados a la vez que embellecidos por la animación del diálogo, la pintura de los personajes, la "grabación", por así decirlo, de sus rasgos psicológicos en la manera más natural y verosímil. Quiere el público que el artista se sume al historiador; gusta más lo que sin desmedro de la verdad sabe juntar a la frialdad del relato objetivo el calor personal del escri-

tor que colorea subjetivamente, entre justos límites, los pormenores tanto de los hechos como de los actores que en ellos intervinieron.

No voy ahora a detenerme en observar la producción literaria anterior de Franz Werfel. Tan sólo recordaré que, sin ser cristiano, jamás en sus escritos faltó de manera voluntaria o grosera respecto a los dogmas y las normas del Cristianismo. No ocultó tampoco la sensible simpatía que despertaran en él, desde los comienzos de su carrera literaria, la Iglesia católica, sus instituciones, y su defensa constante de los derechos más sagrados de la humanidad.

## UN DIALOGO EN EL CIELO

Como tantos otros, también este afamado escritor europeo llegó a Lourdes sin creer en "la Señora", y poco o nada al tanto de la maravillosa historia que desde ochenta y cinco años registra con carácter de absoluta exclusividad aquella "Ciudadela de la Inmaculada". Creía, eso sí, en un Ser superior, Creador del cielo y de la tierra. Creía en su poder misericordioso, y como Lasserre, antes de acudir al agua milagrosa, llevaba aún él en su espíritu una congoja mortal, que no por ser de índole muy diversa podía decirse menos intensa que la del brillante publicista francés. ¿Cómo salvarse? ¿Qué hacer, entretanto?

Aquí empieza a tomar cuerpo la nueva maravilla lourdiana. Posiblemente —tengo esto, de seguro, para mí— "La Señora" habíale prometido en el Cielo a su pequeña Bernardita —el día en que el Sumo Pontífice Pío XI la inscribiera solemnemente en el catálogo de los Santos— que para el próximo centenario de su nacimiento iba a concentrar el interés de medio mundo en torno a lo que significaba ese centenario, que de otra manera hubiese pasado del todo desapercibido.

—Quiero, Bernardita, que los hombres alejados de Lourdes no estén ajenos a tu trascendente mensaje de pureza, de amor, de caridad, de sencillez.

—¿Y la guerra que sumirá a media humanidad en tantas angustias y torturas?

—Justamente a raíz de la guerra y aprovechando el estado de guerra haré eso, Bernardita. Los hombres necesitarán más que nunca emociones puras y fuertes a la par, que les permitan sobreponerse a la materialidad de una existencia diaria cargada como jamás lo fuera antes de tensión nerviosa excepcional y de preocupaciones a menudo enervantes. Hay que sacorrerlos por todos los medios... Para que eleven de nuevo —aunque tan sólo por unas horas— mirada y pensamientos hacia la etérea región de lo sobrenatural, y recapaciten los destinos eternos que a todo hombre esperan más allá de la muerte... Lo que más gustan hoy día, lo que más capta su atención, son la novela y el cine. Será por medio de una biografía-novela y de una película (ambas logradas con la pulcritud y la envergadura que el tema requiere) que celebrarán como una bendición tu nacimiento, "el mensaje lourdiano", tu centenario, Bernardita...

Esto puede que Nuestra Señora se lo haya dicho a su pequeña confidente allá arriba, entre los coros de los Angeles. Lo cierto es que todo se desarrolló, por caminos sin duda admirables y misteriosos, del modo que acabo de describir. Franz Werfel, ni siquiera un cristiano, y sin ni siquiera quererlo, forzado por la ineluctable necesidad de hallar un albergue cualquiera, llegó en mayo de 1940 a Lourdes, cuyos hoteles hallábanse atestados de la más abigarrada muchedumbre que jamás se hubiera visto por allí, no precisamente de peregrinos y de devotos. Los había de toda nacionalidad europea, africana y asiática, amén de americanos; los había de todas las creencias, embargados todos por el temor del muy incierto porvenir o por la perspectiva casi segura de la persecución política o racial...

En aquellos días, para muchos de inolvidables y trágicos contornos, Werfel pensó como tantos en engañar la nerviosidad de la forzada demora de los trá-

mites consulares —una espera que por harto larga se volvía simplemente exasperante— con ponerse al tanto de la historia de aquella “ciudad del milagro” y de quien fuera su extraordinaria, más ilustre propulsora: Bernardita Soubirous. Veía él también, con callada y no ocultable emoción, la zona del Santuario (en especial el lugar de la Gruta) constantemente ocupada, día y noche, ora por gran multitud de orantes, cuyas súplicas fervorosas, musitadas sin interrumpección individualmente o en grupos, asumían por momentos el tono poderoso de una vehemente plegaria colectiva: “¡Señor, salvadnos! ¡Virgen Santísima, ampávanos! ¡Santa Bernardita, ruega por nosotros y por los nuestros, cuyas vidas se hallan en peligro!”.

¿De dónde sacaba toda aquella gente, de las más diferentes nacionalidades, una fe tan grande como para no desesperarse ante la inminencia de dramáticos acontecimientos? ¿Por qué razón esa muchedumbre en las que estaban representadas todas las condiciones sociales de la humanidad, lloraba y oraba, mezclando ardorosamente actos de fe, de confianza, de amor a Dios con las preces impuestas por la hora crucial: “¡Señor, salvadnos y salvad a nuestra Patria!”... ¿Por qué?

Animado por un indefinible sentimiento en el que se unían la curiosidad, el interés y la expectativa, entró él también, más allá de la explanada (como lo hiciera años antes el que esto escribe) en la “Oficina de Control Médico” a fin de examinar los documentos clínicos de las más estrepitosas curaciones: cánceres de la lengua y de la garganta, del estómago y de la nariz, monstruosamente desarrollados algunos, radiográficamente comprobados otros; lesiones específicas de la columna vertebral; caries horrendas o fracturas que en las placas del radiólogo fijaron para siempre la gravedad del mal que carcomía los huesos de algunos enfermos, días antes de su llegada a Lourdes, a menudo en tren de inminente agonía... Luego, los testimonios de los facultativos de Lourdes o de las principales naciones del mundo comprobando también radiográficamente la curación completa, cuando no instantánea, de aquellas enfermedades y lesiones orgánicas que la ciencia médica había declarado sencillamente incurables, o tan sólo posibles mediante largos y costosos tratamientos...

Werfel no cejaba ante todo aquello. “Aquello” no aparentaba ni de lejos oler a engaño. Para su espíritu que instintivamente rehuía de la mentira todo era claro: el dedo omnipotente de Dios estaba allí, para aliviar a la humanidad doliente de tantos sufrimientos físicos y morales... ¿Por qué también a él no lo beneficiaría “la Señora”? ¿Acaso Bernardita no podía salvarlo de ese trance tan duro en que se hallaba, sin casi posibilidad humana de escape? Y prometió hacer lo que tantos otros escritores de renombre no habían pensado o logrado hacer: celebrar las gestas humildes de la humilde campesina francesa con todo su arte, como no lo hubiera hecho con ningún gran personaje de la historia.

## LA PELICULA COMPLETA LA NOVELA

Lo demás es harto conocido. Tras del libro, “cantar de Bernardita” sobre los metros prosaicos y según los gustos del siglo XX, vino inmediatamente lo más novedoso de nuestro siglo, la película. Esta ha valorizado del modo más digno el vigor imperecedero de la biografía werfeliana, superando al mismo tiempo los no pequeños escollos que tal realización en la pantalla presenta a todas luces. Así puede afirmarse que “Bernadette” complementa y perfecciona “El cántico de Bernardita”. A diferencia de casi todas las anteriores versiones cinematográficas de biografías o de novelas recientes, el film no se ha limitado a captar —y a reproducir más o menos fielmente— los rasgos fundamentales del libro de Werfel. Con una labor prolija y minuciosa que, sin ser del todo perfecta, es sin duda humanamente perfecta, los técnicos —y sus asesores eclesiásticos— han conseguido dar un estilo propio a esta versión cinematográfica. Hay

en ella, no cabe dudarle, toda la biografía de Werfel, de la que resulta un tráfago cabal; pero, además, ¿con qué cuidado han sido realizados los matices psicológicos de los personajes, sin desfigurarlos ni alterar en lo más mínimo la realidad histórica de cada uno o del conjunto! ¿Con qué precisión han sido subrayados los contrastes, las sorprendentes coincidencias, las increíbles "casualidades" que desde el 11 de febrero de 1858 jalonan la historia de Lourdes y de sus protagonistas!

El cuadro central de la primera parte —aquel 25 de marzo, día de la Anunciación, en que "la Señora" terminó para siempre con las prevenciones del déan Peyramale al declarar, con todas las letras, que Ella era "la Inmaculada Concepción" —es de los más expresivos en este sentido. Revela al espectador católico —en general justamente prevenido en asuntos de temas religiosos trasladados a la pantalla— cuánto se ha sabido progresar en este arte para conseguir evitar, como en "Bernadette", el sentimentalismo, el patetismo forzado y barato, los efectos ñoños, la incongruencia tanto estética como espiritual de escenarios burdos, de personajes irreales, de episodios y actitudes artificiosas, cuando no pobres y hasta pueriles, que lamentamos en tanta otra producción del mismo género. Sin ir tan lejos, ¿no se hizo acreedor de cargos semejantes, pese a la buena voluntad de actores y productores, aquel Jesús de Nazaret mejicano cuyo estreno vimos en la última Semana Santa?

#### GRAN VALOR APOLOGETICO

Respecto a la que llamaríamos la segunda parte, suma y sigue. No me puedo detener en la actuación de la protagonista, esa Jennifer Jones que se halla aquí en sus primeras armas con el cine y que —católica, educada en colegios católicos— supo también sentir en su interior lo que llevaba a la pantalla: todo el candor y la sencillez extraordinarios que hacía menester para encarnar un personaje extremadamente difícil. Lo que descuella en esta parte es algo demasiado importante, sin embargo, para que se lo pase por alto; algo que el propio Werfel, a fuer de escritor amante de la verdad, procuró colocar en su merecido marco, pero que la película ha conseguido enfocar de manera harto satisfactoria y con pormenores sumamente felices: las investigaciones científicas de que es objeto el agua del manantial milagroso y los largos procesos a que toda autoridad constituida —civil, eclesiástica, sanitaria— quiso someter tanto a la vidente como los milagros obtenidos luego de las apariciones.

No es pequeño el mérito de "Bernadette" bajo este punto de vista; si no tuviera muchos otros, éste en verdad bastaría a mi entender para declararlo un film cabalmente logrado.

En la tercera parte, cuando Bernardita está en Nevers, es donde la crítica ha querido hacer sentir sus observaciones. Demasiado lejos nos llevaría discutir las, o siquiera puntualizar las pequeñas fallas que pueden notarse en esta o aquella escena. Aquí es donde estamos frente una vez más al adagio horaciano: tot cápita, tot sententiae. ¿Para qué hacer hincapié en tales "sentencias", que entran del todo en el inevitable, aunque muy reducido, porcentaje de lunares que no es posible eliminar? ¿Acaso consiguen disminuir sensiblemente el excepcional valor documental que para el público católico posee este film?

Por su parte, es decir: respecto a la técnica del escenario, del sonido, de la música de fondo y en particular respecto a la magnífica caracterización de los diferentes actores, el juicio mismo de Hollywood es algo sintomático, casi inapelable: la mejor película producida en 1943.

La mejor biografía novelada de los últimos años, junto con la mejor película del mundo entero para el 1943-44: ¿podría pedirse más y mejor de parte nuestra, para toda clase de público, sean lectores o espectadores?

Lamberto Lattanzi

RONDA  
DE LOS  
SARMIENTOS  
CAIDOS



*Vestido de negro estaba  
el ángel que los cortó.*

*Todo cruzado de asombros  
los miraba Juan de Dios.*

*Ellos de blanco veían  
al ángel desde el montón.*

*¡De rodillas, de rodillas  
en el polvo, Juan de Dios!*

*Los pimpollos se encresparon  
de rebeldía en el sol.*

*Ya se acercaba a tocarlos  
la mano de Juan de Dios.*

*¿Y ellos? ¡Ellos escapaban  
de aquel ademán de amor!*

*Uno por uno del suelo  
los fué alzando Juan de Dios.*

*En sus manos como a niños  
dormidos los acunó.*

*¿Y el ángel?: ¡cubrió de heridas  
el pecho de Juan de Dios!*

*Mas él sin hacerle caso  
los pimpollos, con tesón,  
fué colocando en la Viña,  
como antes. ¡Juan de Dios!*

*¿Y el ángel?: ¡le desangraba  
las espaldas con furor!*

*Tal un clavel musical  
la lengua de Juan de Dios  
iba diciendo, diciendo  
esto que la Vid oyó:*

*¡Ay, loco, loco de veras,  
pimpollo de ayer y hoy  
que lejano de la Vid  
creyó dar fruto y dar flor!*

*¡Ay, loco, loco de veras!  
—sollozaba Juan de Dios—*

*Los pimpollos restituídos  
ya daban gloria en el sol.  
Un ángel blanco juntaba  
la sangre de Juan de Dios.  
Cortadas se retorcián  
dos tenazas de escorpión.*

*Despierto junto a la Viña  
las miraba Juan de Dios.*

HORTENSIA MARGARITA

RAFFO

# La Universidad

**E**N todas las naciones que forman la hispanidad se está operando un movimiento de perfección universitaria que pretende calar en las raíces mismas de la cultura. En España, los muy ilustres pensadores José Ortega y Gasset y J. López Ibor, han planteado el problema a los hombres cultos y a los gobernantes. Sobre el mapa universitario de nuestra América han aflorado las voces más autorizadas para tachar la orientación actual y mostrar rumbos distintos más acordes con las necesidades nuestras que satisfagan los verdaderos propósitos de la cultura. Todas las obras que sobre la Universidad se están escribiendo orientan sus miras hacia la cooperación y mutuo entendimiento entre las falanges universitarias. Pretenden que la Universidad se coloque en el centro de influencias nacionales, de donde dimanen las orientaciones y los prospectos de acción para el engrandecimiento patrio. Porque debe entenderse que la Universidad es el termómetro más fiel para medir los grados de auténtico progreso de una nación. El espíritu que anima un conglomerado humano tiene que estar aquilatado en las disciplinas que fluyen de la Universidad, para que su vocación se dirija a cumplir una misión trascendental. No es posible aguardar resultados benéficos de quienes no han madurado su inteligencia en la vigilia tensa de las aulas, o en el callado refugio de la meditación y la investigación. En muchas circunstancias los gobernantes flaquean e interpretan las funciones de gobierno en un sentido de lucro y pitanza y no de servicio y conveniencia general, por la floja contextura que adquirieron en el aprendizaje universitario.

Sin duda ninguna en la América Hispana, la Argentina ocupa el primer lugar en el orden de la cultura. En todos los sectores de la opinión se contempla a la educación como el factor más decisivo en el orden de progreso nacional. Una inquietud permanente agita los espíritus en la persecución de métodos mejores y que consulten las necesidades presentes de la nación argentina. Los rectores de las universidades viven en constante buceo y observación, penetran en la medula misma de las dificultades y aportan las soluciones apropiadas. Los argentinos se enfrentan a la vida rebeldemente y con voluntad creadora. Se oponen al anquilosamiento con las energías que reclama el acelerado devenir de los acontecimientos trascendentales. La historia argentina brota saturada de un profundo sentido e interpretación de los valores positivos que encarnan las aspiraciones nacionales. De ahí su posición obstinada en el logro de muchas empresas que la caracterizan como nación productora de cultura autóctona. Esto

lo han conseguido con el decurso del tiempo y la perseverante labor que viene recorriendo una trayectoria ascensional desde Sarmiento y Alberdi, sus primeros propulsores, hasta la hora actual que es una brillante promesa para el porvenir. En la Argentina se ha cumplido fielmente el certero pensamiento de Laín Entralgo: "En el orden intelectual es preciso, es urgente, acentuar la nota de rebeldía. Necesitamos vivir inquietos. Ahora que una nueva era comienza, hay que lanzar al mundo nuestras verdades, las únicas verdades auténticamente revolucionarias. Es preciso purificar nuestras mentes y nuestros corazones, y para ello nada mejor que una cristiana rebeldía contra todos los pozos de 'cobarde adocenamiento que depositó sobre aquéllas un siglo de vida encendida y falsa'".

En todas las producciones argentinas se advierte esa inconformidad creadora que hace nacer los mejores proyectos y cuajar las ideas más fecundas. El ilustre ex rector de la Universidad Nacional de La Plata, Dr. Alfredo L. Palacios, trae en su reciente libro "Espíritu y técnica en la Universidad", estas apreciaciones severas: "Desgraciadamente, las universidades argentinas no han existido como instrumento de alta cultura. Faltó la unidad espiritual en el conjunto heterogéneo de las facultades integrantes".

"La Universidad ha sido, en gran parte, un archivo venerable del pasado en el cual se depuraba y transmitía la tradición del saber". Constituía, así, un organismo estático, de espaldas a la vida, en reverencia ante el clasicismo, cultivando en sus alumnos sólo la capacidad de admirar y retener. Lentamente el clasicismo fué desplazado por las ciencias experimentales y la antigua actividad reverencial fué sustituida por un frenético utilitarismo y una mecanización creciente. Y de este modo, lo que ganó en modernidad y practicismo, lo perdió en alma.

"Es urgente que dotemos de alma a la Universidad, pero no restituyéndole la del pasado, sino infundiéndole un sentido moral de la vida y trocándola en laboratorio del futuro". "La formación de la personalidad de sus alumnos, no podrá hacerlo por medio de la ciencia, y menos aún de la técnica profesional, sólo será posible por medio de la cultura, que es vivencia integral de los espíritus. El fin de la Universidad ha de ser la elaboración de la cultura para la realización interior del hombre. Como un grado inferior de ese "saber culto" definido con justeza por Max Scheler, debe impartirse la ciencia pura, que es una herramienta del espíritu, el medio que tiene el hombre a su alcance para adelantar en su dominio creciente sobre la naturaleza. Después viene la técnica profesional, el conocimiento de una profesión que capacite al alumno para que pueda ser útil a sí mismo y a la sociedad en que se ha formado".

"La estructura jerárquica de esas tres formas del conocer, es una obra ardua, que más que producto de leyes o de estatutos se obtendrá de la acción de los maestros, pero que no puede realizarse sino se le reconoce a la Universidad toda su inmensa importancia, como eje virtual de la vida colectiva. La Universidad debe formar la conciencia nacional". En esta forma se hace una crítica a lo existente con ánimo de creación y alto enfoque de la realidad.

La formación de una conciencia nacional es el más urgente imperativo de la Universidad moderna. No es posible construir patria y ensanchar los jalones de la Historia de una nación, hincada la inteligencia en aspiraciones difusas e incoherentes. Las naciones tienen que poseer, a la vista y bien perfilados los principios que estructuran sus aspiraciones y el rumbo que han de seguir. En esta forma las generaciones modelan su vida, ceñidas a un programa de realizaciones, y el significado de vivir se traduce en permanente esfuerzo de aquilatamiento y fervorosa y fecunda siembra de empresas magníficas. Plasmadas las fuerzas vivas de la nación en moldes de equidad y unidad al pendón libertario de la democracia, seguramente encontrarán los caminos propicios a un reajuste de todos los valores positivos, que son indispensables para el logro de un progreso metódico y acorde con las exigencias que la época impone.

Pero no es posible dentro del actual orden universitario llegar a una con-

cretación de los deseos y esperanzas comunes. Puede decirse, sin caer en exageración, que la Universidad hispano americana desconoce los problemas nacionales; de esta anomalía se quejan los educadores de todos los países. Al afirmar que la Universidad está en la obligación de palpar y escudriñar los problemas nacionales, no queremos caer en la vulgar apreciación de querer convertir nuestros centros docentes en meros talleres de artes y oficios, o en laboratorios de pobres y trancos menesteres materiales. De ningún modo. La Universidad debe ser, ante todo, la catedral del humanismo y la sabiduría. El practicismo únicamente, sin ligamentos con las ideas generales, es un islote sumergido en el océano de la cultura y sin anclajes posibles en el alma y la tradición de los pueblos. Aspiramos, como Ortega y Gasset, a que la Universidad prodigue cultura integral; a que sea "el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee" "La Universidad de hoy debe esforzarse por adaptar su función a la marcha del tiempo. La Universidad ya no está situada fuera de la vida, como las universidades Medievales, sino en medio del mundo y de la vida, ya no es convento ni huerto cerrado, sino campo abierto a todos los vientos del saber. Por eso cabe decir que el saber universitario — suma de los saberes individuales que son vectores de ese saber total". Es fuente de derecho de toda actuación inteligente de la sociedad, para la cual la Universidad vive vinculatoriamente y en común. O como dice Scheler "que ha llegado la hora en el mundo de que se integren las tres formas del saber: el saber culto (o humanismo), el saber de rendimiento (o de resultados prácticos), y el saber de salvación". Sólo bajo el signo de esta integración podrá erigirse la futura historia de la cultura humana, "no bajo el signo de una repulsa partidista que rechace cierta especie de saber en favor de otra, ni bajo el signo del exclusivo fomento de lo históricamente peculiar a cada círculo de cultura".

Principia a manifestarse una tendencia de especialización profesional entre los estudiosos de temas universitarios, dejándose ver en unos su afán de descoyuntamiento y parcelación entre las distintas ramas del saber, y en otros, la tendencia a la unidad y el equilibrio. Quienes opinan que la Universidad puede integrarse con facultades aisladas y dispersas sin un espíritu que las arroje e identifique en un mismo ideal de unidad y de grandeza, están muy lejos de comprender el verdadero fin de la Universidad, que es formar hombres integrales para la vida y la eternidad. Con razón afirma el ilustre catedrático español López Ibor: "En la nueva Universidad no han de figurar las Facultades yuxtapuestas como en un mosaico. Deben cesar los compartimientos; no en la organización, sí en el espíritu. No debe cada una estudiar una realidad distinta, sino todas la misma realidad desde un punto de vista distinto. La doctrina tendrá así, por dentro el esquema de una pirámide, que va a dar a esa fuente escondida de la unidad suprema. Sólo entonces se podrá hablar de Universidad. No hay que estudiar toda la realidad del mundo en una célula —especialismo que conduce a pensar que no hay más que aquéllo—, sino una célula como si en ella estuviese refuejada toda la realidad del mundo, engarzada en ella. El estudio no pierde así en agudeza. Gana, en cambio, en jerarquía y perspectiva". En las mismas ideas está acorde Liard, cuando escribe: "En las Universidades, las Facultades, aún individualizadas, no son compartimientos cerrados e impenetrables: pueden compararse a los frutos tabicados. En efecto, en éstos, las partes en que se dividen, tienen paredes comunes y permeables y todas se abren en el mismo corazón central; de ahí un cambio continuo, una endósmosis y una exós-mosis incesantes. Así también en los Institutos o Facultades, todo lo que pasa en uno repercute en el otro; las distintas ramas del saber que en ellos se enseñan reaccionan recíprocamente: las matemáticas sobre la física, la física sobre la química, la química sobre la biología, las ciencias de la naturaleza sobre las ciencias del espíritu, las ciencias propiamente dichas sobre el arte y la literatura" (citado por Alfredo L. Palacios).

Además de los males del profesionalismo y el especialismo que asaltan la Universidad, y especialmente este último, que en opinión de Ortega y Gasset "ha destruido la unidad vital del hombre europeo", la política se cierne como el más violento y destructor. En un ensayo titulado "Fundamentos Pedagógicos para una economía cooperativa", de reciente publicación, manifiesta al respecto lo siguiente: - "Nada más destructor de la bondad y desinterés del joven que la prematura intervención en la política de partido. Principia por ariscar el odio y la envidia entre sus compañeros, alejarse de los libros y de sus deberes, a enseñarse al triunfo fácil, a la posición representativa que no está respaldada por los conocimientos y las ideas medulares para terminar en el fracaso haciendo uso de componendas y malabares indecorosos. El político que ha nacido y madurado en este proceso es el que nunca seguirá una doctrina por sus dogmas, sino por el hilo negro de los odios". Con razón afirmó Caro: "Los partidos políticos en Colombia son odios hereditarios". Y convencidos de esta evidencia los máximos educadores de todos los países reclaman independencia y libertad universitarias, y ninguna ingerencia de la política partidista en la Universidad. Daniel Martner en su interesante artículo: "Acción de la Universidad en la Política Económica Nacional", publicado en los Anales de la Universidad de Chile, conceptuaba: "La Universidad es un centro de estudios que proyecta luz de verdad. *Es menester mantenerla ajena a las luchas de los partidos políticos.* La Universidad debe ser autónoma. La autonomía universitaria, que requiere libertad para elegir sus profesores y para que éstos den a conocer libremente sus pensamientos y sus doctrinas, todo ello en armonía con los bien entendidos intereses de la cultura y del desarrollo espiritual de la colectividad. La libertad de enseñanza ha sido, a través de los siglos, el desideratum universitario, pues sólo de ese modo se consigue dignificar el conocimiento de la verdad. De ahí que los catedráticos sólo pueden ser elegidos en razón de su capacidad científica, filosófica o profesional en la rama correspondiente. *Toda intervención de la política partidista en la enseñanza es perjudicial.* El político es el peor enemigo de esta Casa, y su participación en nuestras actividades debe ser combatida con rigor, en forma decidida y enérgica, tanto por profesores como por estudiantes. La Casa Universitaria es el hogar sereno de la ciencia y no puede soportar en su seno la cizaña de la política partidista". Y el ya citado ex-Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, refiriéndose a sus realizaciones rectorales, puntualizaba: "Puede haber agregado que los actos de elección universitaria habían sido libres, ajenos, totalmente a la política subalterna de presiones, de complacencias, de dádivas, que todo lo enloda, que abate los caracteres y ensucia las conciencias".

La historia del fracaso universitario en España puede servirnos de ejemplo elocuente y doloroso. Las agitaciones promovidas en este siglo por los distintos partidos políticos españoles y fraguadas en los comités y sinagogas partidistas fueron a desembocar en las aulas universitarias con sus consiguientes desastres. La política encontró una Universidad desguarnecida, sin espíritu de trabajo ni ideales de sabiduría. Era un simple refugio para que acampara la holganza y se guareciera entretenidamente y en deliciosa camaradería con la ociosidad. El escritor izquierdista español Emilio González López en su libro "Espíritu Universitario", estampa estas amargas líneas: "La calle se imponía a la Universidad ya que ésta carecía del suficiente vigor para interesar a los estudiantes en sus cuestiones propias". Realmente la Universidad española dejaba de un lado los magnos problemas que interesaban a la juventud, mientras los especímenes políticos corroían la blanda corteza juvenil, impregnándola de odios y bajos apetitos de rebeldía. Por este camino se arribó pronto al subyu-

gamiento de la Universidad hasta situarla como dependencia de las fuerzas políticas que flameaban en las barriadas. Los disturbios en los claustros eran fomentados por los dirigentes políticos y la anarquía era la única flor de aquel fangal. El mismo doctor González López nos dice: "hablando de las huelgas universitarias —"otras veces la protesta parecía tener un origen y carácter pura y exclusivamente docente: parecía circunscribirse a la Universidad, pero allá en el fondo latía un móvil reprobable, indigno de catalogarse como universitario, por la lamentable finalidad del mismo; estas eran las huelgas para no asistir a clase, las huelgas que se iniciaban en la proximidad de las vacaciones; eran las huelgas para no estudiar. Y en ocasión de estos conflictos estudiantiles, las Juntas Directivas de las Asociaciones —órgano visible de un organismo invisible— actuaban obligadas por el impulso de la opinión pública general en el caso de las huelgas de marcado carácter político, o por el influjo coaccionador de la mayor parte de la masa estudiantil cuando se trataba de huelga de pura holganza". En esta forma la Universidad española quedó sumergida en la batallola política y en los ideales de cultura naufragos y desolados perecieron en la vorágine de la multitud.

Es preciso recoger la experiencia dolorosa de otros pueblos y trasplantarla ante nuestras miradas para evitar los desplantes y miserias en que ellos cayeron. Vivir en función de futuro para hacer una patria grande y con inmovibles cimientos de eternidad. Los estudiosos tienen los más difíciles y responsables deberes de asegurar para la sociedad los mejores caminos de redención y de progreso. Con una Universidad desinteresada de los pobres apetitos políticos y cimentada derechamente hacia la cultura, se logrará el hombre equilibrado y científico que el mundo aguarda. La formación de la juventud significará la unión entre el presente y el futuro de nuestros destinos históricos. Y como en la actualidad acontece. "El estudioso de hoy no se sitúa en el presente; ama a la palabra, pero sólo la palabra que no implica dictamen, que no se abandera, que no ejecuta acción alguna. Mientras el hombre de otros siglos cultivaba el pasado sin sustraerse a los rumores del presente, haciéndolos surgir entre sus contemporáneos con el relieve de una estatua entre los árboles, el escolar de hoy, en su función de tal, abandona el presente y se refugia en el pasado, donde todos los hombres son de mármol".

## La Universidad Comercial

*Las aspiraciones de un ideal universitario no pueden ser comunes a todas las universidades por la misma índole de las gentes, sus diferencias raciales y culturales, los problemas disímiles en el orden geográfico y económico. De ahí que las naciones tengan que conformarse a sus necesidades y orientar la educación por los senderos que atraviesan todas las realidades patrias, para que se impregne en ellas y escrute sus intrincados problemas, que son distintos para cada núcleo humano. Pues bien ha dicho Miguel G. Abastos: "Concebir los fines de la Universidad alemana, por ejemplo, no significa definir valores universales válidos para todas las universidades del mundo. Vista como la alta expresión de la cultura de un país determinado, la Universidad tiene un indudable sentido de limitación geográfica. El ideal universitario de un pueblo —logrado a través de varios siglos y fiel expresión de su idiosincracia nacional— puede ser distinto del de otro pueblo. Cada Universidad tiene, además, sus propios problemas para los cuales debe buscar sus propias soluciones. Con todo, y no obstante este relativismo, hay notas permanentes y genéricas en la definición de la Universidad, quienquiera que sea el definidor".*

*"Por encima de toda limitación de tiempo y espacio, la Universidad es una idea, un sér de vitalidad imprecadera, que en la totalidad y armonía de sus*

partes constitutivas refleja la unidad cósmica del universo". Es tan marcada la diferencia que se advierte en las modalidades de los distintos pueblos, que hasta en una misma nación se contemplan perfiles diferentes que hay que observar desde puntos de vista opuestos. El Doctor Fernando Gómez Martínez estudia este último aspecto de la educación universitaria en su importante libro "Contra centralismo descentralización". Y al efecto, stampa: "en vez de fijar en aquel pensum un mínimum de materias —algo así como la armadura esencial de cada profesión— se determinan todas, como si las orientaciones culturales de la nación hubieran de ser las mismas en todas partes, y como si las características geográficas, climáticas, industriales, sociales y económicas no jugaran papel en tales orientaciones. Nada se deja para consultar las peculiaridades de las diversas regiones. Contra lo que la técnica y la razón indican, la uniformidad se hace norma para aquella diversidad de condiciones. Si al menos acertaran los dómynes, pero el pensum es siempre una obra repargada de materias, algunas de las cuales podrían ser cambiadas por otras más acordes con los rumbos culturales de cada sección y los imperativos vitales que las mueven, y así resulta, en virtud de ese recargo, que ciertas facultades tienen que prescindir de incluir asignaturas que desean tener, para no exagerar el número en cada carrera y para no alargar demasiado los años de estudio". Que nos sirvan como premisas los conceptos anteriores para afirmar rotundamente: Colombia, por la dirección que viene empistada, necesita una Universidad Comercial. Si esta universidad no puede satisfacerse íntegramente por las deficiencias de todo orden que todos conocemos, al menos podía llenarse, en parte, con facultades anexas a la Universidad. Tal como se viene haciendo en la Universidad Bolivariana. En Europa las más preclaras Universidades, como la de Oxford y Cambridge, las de Manchester, Lieja y Lovaina, etc., tienen su Facultad de Comercio.

¿Qué importancia reportaría para Colombia la fundación de una Universidad Comercial? Ya puede vislumbrarse. Basta fijarse detenidamente en la actual situación comercial del país. La inmoralidad, la especulación y el bucanerismo hacen la más fulgurante carrera. Todos los esfuerzos del gobierno por controlar los precios y las importaciones resultan fallidos. Porque como se dice comunmente: "entre gentes inmorales, hecha la ley, hecha la trampa". De todas las enseñanzas que la guerra nos está brindando, ninguna más fecunda que la que nos muestra, en todas sus dimensiones, los vicios y flaquezas de la actual organización social y de los programas educativos vigentes. Quien escudriñe con ánimo desprevenido las múltiples dificultades que cotidianamente afloran en el marco económico del país, se dará cuenta cabal que la política menguada y el interés comercial de bajos quilates morales, son los autores natos del desequilibrio nacional. Este es el resultado lógico de nuestra impreparación, y del abandono, por parte de la Universidad, de cuanto constituye estudio meditado de los problemas y dificultades que acongojan la familia colombiana.

El significado de la Universidad Comercial es muy alto porque tiende a modelar una de las fuerzas creadoras de mayor influencia con que cuentan las naciones modernas. El comercio y la economía representan para nuestro tiempo el alma motora de su máximo impulso. Las funciones comerciales cobijan un inmenso sector de la vida social, y en oleadas arrolladoras invaden los predios de la política y el gobierno. Mas acontece que todo ese conglomerado humano dedicado a los menesteres comerciales, en su generalidad, carece de conocimientos universales sobre muchas materias que son indispensables para cumplir benéfica y honorablemente su cometido. Las disciplinas universitarias forjarían un tipo de comerciante acomodado a las más severas éticas. Y en lo práctico se solucionaría a ciertas regiones del país sus problemas en beneficio de la economía y el progreso en general. Aún más, dejaría de presentarse copiosamente, como hoy sucede, los obstáculos que impiden el normal funcionamiento

to de la legislación social. Porque es conveniente subrayar que no son los abogados, ni los médicos, ni los ingenieros, ni los agrónomos, los que originan los conflictos de la marcha social. Ellos han recibido las enseñanzas universitarias y su moral se ha alquitarado a través de la meditación y el conocimiento de los valores superiores; han aprendido que en el orden terrenal hay una jerarquía que alcanza hasta Dios y que los valores más nobles se colocan encima de los perecederos y contingentes. En suma, la filosofía ha nutrido sus inteligencias y creado en ellas el gran sentido de la valoración trascendental. Por el criterio común se ha considerado la profesión mercantil como insignificante y mezquina; nada que esté más lejos de la verdad y la razón. Lo que ha ocurrido es un fenómeno de desadaptación y de descrédito. Todos vemos que las personas fracasadas en otras actividades afluyen al comercio en proporciones alarmante. De ahí que la labor inicial de purificación se encamine a levantar el nivel actual y a colocar el comercio en la posición que le corresponde. Spengler en su magistral obra: "La decadencia de occidente", al hablar sobre los más grandes genios de la filosofía hace estas consideraciones concluyentes: "yo sostengo que muchos inventores diplomáticos y financieros de hoy son mejores filósofos que todos esos que se dedican al vulgar oficio de la psicología experimental".

Como la inteligencia humana está obligada a dar abundantes frutos para el bienestar social, no puede abandonarse al ocio poético de construcciones puramente ideales. Esto lo han comprendido los más esclarecidos filósofos de todos los tiempos. Su filosofía se ha resuelto en formas de vida practicables y en actuación real sobre las dificultades diarias de la sociedad. Spengler, en la misma obra citada, anota: "Un filósofo que no se apodera también de la realidad y la domina no es nunca de primera fila. Los presocráticos fueron grandes mercaderes y políticos. Platón estuvo a punto de perder la vida por querer realizar sus ideales políticos en Siracusa. El mismo Platón descubrió la serie de teoremas geométricos que permitieron a Euclides construir el sistema de la matemática antigua. Pascal, a quien Nietzsche conoce sólo por el cristiano roto, Descartes, Leibnitz, fueron los primeros matemáticos de su tiempo". Las anteriores apreciaciones muestran apodícticamente que las altas y virtuosas ocupaciones del hombre no están reñidas con los ajetreos del comercio ni la técnica de las profesiones. Antes, puede decirse que le infunden espíritu y cristianizan sus prácticas. Lo que ha sucedido es que, tanto los comerciantes como sus críticos, estos en sus apreciaciones y aquéllos en sus obras, han "descendido de la perspectiva del pájaro a la perspectiva de la rama".

La instrucción comercial debe ser tan intensa como cualquier otra, y, quizá más rica en conocimientos generales que son tan indispensables en el ejercicio de la profesión. Porque, como dice Luis Chalbaud: "Es preciso elegir aquellas disciplinas que les habiliten para relacionarse con sus inferiores y colaboradores, conocer sus necesidades, su cometido, saber sobre todo organizar y armonizar sus trabajos, apreciar sus dictámenes, saber pedirlos y entenderlos y conocer para ello algo del abogado, no poco del ingeniero, mucho del contador y muchísimo, sobre todo del economista práctico que armoniza esas profesiones y las utiliza para hallar con beneficio propio el auge del orden económico en en alguno de sus momentos". Este aprendizaje requiere un período completo de bachillerato y facultad, tal como se hace en el Export-Academie de Viena o en el Handels-Hochschule de Berlín. Con la fundación de facultades serias, dependientes de la Universidad, se acabaría con muchas escuelas de comercio, mediocres y funestas, resumidero de todos los rezagos.

Para acometer la portentosa obra de una Universidad comercial, en Colombia, las reservas nacionales tienen que movilizarse cohesionadas y armónicas. El gobierno o las entidades particulares apenas pueden llegar a la fundación de facultades pero les quedaría difícil construir una Universidad de este tipo. De todos modos hay que acudir a la cooperación como único medio de realizar

los más gigantescos proyectos. Las entidades comerciales como las inmediatamente interesadas en la modelación de sus futuros colaboradores, están llamadas a propender por la instrucción y a ampararla con munificencia. Entre muchos ejemplos a pudiéramos citar de los distintos países donde los comerciantes se han unido para patrocinar la enseñanza comercial de los grandes institutos, mencionamos la *Handels-Hochschule* de Berlín, fundada por la cooperación de comerciantes. Estas clases de cooperaciones son las moralizadoras del comercio porque fincan sus aspiraciones en la solidaridad, el justo precio y el bien social. Como siempre, los sistemas cooperativos resuelven, desde la raíz, todos los conflictos que atormentan la vida contemporánea. En suma, queremos para Colombia una Universidad jerárquica sumergida en los hontanares de la investigación y la sabiduría. Despojada de prejuicios y empadronada en la cultura universal. Donde las promociones que alborean encuentren un contenido de patria porque allí se estudian todos sus problemas y se le marca rutas a su historia. Esperamos el amanecer augural de nuestra Universidad donde se hermanen los tres manantiales de la vitalidad humana: ciencia, virtud y religión.

## Misión de la Universidad

Puntualizamos en estas páginas que la educación actual no satisface las demandas que nuestro tiempo reclama. El hombre no ha advertido que la vida le golpea el rostro para que despierten sus ojos ante la realidad que le invade. Así que no es de extrañarse que en un ciclo nuevo estemos viviendo una historia vieja. Mas, la universidad es la responsable de este retraso y tiene el deber de arrepentirse y la obligación de ser autora de un remedio que la salve.

Al afirmar que la universidad ha descuidado el enfoque de los problemas de nuestro tiempo, no queremos igualarnos a los críticos que en el siglo XVIII renunciaban a la educación humanística. Pues hemos dicho en otra ocasión que la escuela cooperativa comprende la educación integral, sin descuidar ninguno de los aspectos que dan corporeidad a la cultura. Mejor, lo que le acontece a la universidad es la indiferencia por todo lo que indica sacrificio y expansión. No quiere considerar los problemas, demandan trabajo y ella quiere la tranquilidad (al decir universidad, tomamos la palabra en el sentido gassetiano: como constitutivo primario el estudiante). Y se ha convertido como dice Ortega y Gasset: "En un bosque tropical de enseñanzas. Si a ello añadimos lo que antes nos pareció más ineludible —la enseñanza de la cultura—, el bosque crece hasta cubrir el horizonte; el horizonte de la juventud, que debe estar claro, abierto y dejando visibles los indicios incitadores de ultranza. No hay más remedio que revolverse ahora contra esa inmensidad y usar del principio de economía, por lo pronto, como un hacha. Primero, poda inexorable".

"El principio de economía no sugiere sólo que es menester economizar, ahorrar en las materias enseñadas, sino que implica también esto: en la organización de la enseñanza superior, en la construcción de la universidad, hay que partir del estudiante, no del saber ni del profesor. La universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es; otra, lo que él necesita saber para vivir". Coinciden todos los pensadores que han escrito sobre la universidad actual, en que sus enseñanzas y métodos deben ponerse en más armonía con la vida y la sociedad. Pocos, sin embargo, han encontrado el secreto filosófico que ponga fin a tantas travesías conceptuales.

La universidad influye en la sociedad y la transforma, estiliza sus modales y traza sus rutas. ¿Y cuándo puede hacer esto? El día que su edificio cultural sea todo un organismo, que tome de la sociedad en que gravita sus preocupaciones y dificultades, para que en el sereno mortero del análisis universitario

se busquen las soluciones convenientes. K. F. Reinhardt certeramente conceptúa: "Una Universidad debe ser concebida más que como un mecanismo, como un organismo, como un cuerpo viviente cuyos miembros contribuyen en varias formas al bienestar del todo y de cada parte. Tal como un organismo necesitado de la influencia estabilizadora de la tradición y de los principios vinculadores del pensamiento. Debe estar en contacto con la vida y con los problemas reales, sin permitir que las cosas y los hechos superen las mejores ideas". ¿Y será posible efectuar la aspiración de Reinhardt sin transformar nuestra universidad? Seguramente que no. Creemos imposible que por la senda rutinaria por donde camina la universidad colombiana, pueda adquirirse una modificación sustancial. Esa escisión y ramificación de las materias; donde los pénsu- mes se convirtieron en hospedería para alojar "cursos semestrales", que no son otra cosa que válvulas de escape, por donde la mente del estudiante se fuga durante tres o cuatro meses del verdadero saber (ese es el tropicalismo que apuntaba Ortega). La renovación de nuestra universidad sólo se consigue incorporando a ella los principios cooperativos, integrando su organismo en forma cooperativa, fundando la cooperativa universitaria.

Sería una utopía creer que se puede construir, en la actualidad, una universidad sin sustentáculos reales, que penetren la vida misma del estudiante y la empujen a la acción. La educación cooperativa suministra todos los elementos para hacer del alumno una persona responsable, que comprenda los interrogantes de la época y dilucide para el porvenir las fórmulas salvadoras. Transcribamos una vez más a Ortega y Gasset: "Por eso es ineludible crear de nuevo en la universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la universidad".

La cooperación en la universidad alberga modalidades peculiares que relievan su valor y trascienden de la vida íntima de la universidad al ámbito nacional e internacional. Los estudios, por ejemplo, de Economía Política, (Facultades de Derecho, Agronomía, Ingeniería), Filosofía del Derecho, Derecho Internacional, Derecho Constitucional, contienen los principales puntos que pueden ser utilizados para transformar la ideología individualista en doctrina cooperativa.

## *La Economía Política y la Universidad*

*Entre las ciencias que proporcionan al hombre conocimientos prácticos para laborar productivamente, destácase la Economía Política como una de las más importantes. Es una ciencia social en el más eminente sentido del vocablo. Satisface las necesidades materiales y desparrama todo un paisaje de mundos reales, donde la justicia social desempeña sus valiosas funciones. No se requiere ser marxista para comprender que una porción grande de las actividades del hombre están reguladas por el motor económico. Y nunca, como hoy, la Economía influye en la vida social y le da su fisonomía peculiar. De aquí que los gobernantes y los partidos políticos, en sus programas, estampen las fórmulas económicas que crean indispensables para dirigir el país. Y cuando no lo hacen, sus copartidarios toman la posición de indiferencia porque ven en sus jefes simples altoparlantes de una vocinglería sin sentido ni contenido.*

*La universidad tiene la misión de transmitir a la sociedad, por medio de sus alumnos, la sana Economía que consulta la hora que atravesamos, después, de haber pasado por la criba de estudios profundos y reflexiones filosóficas humanas y justas. Desalojar de la universidad toda esa cauda de resabios individualistas que extravían la inteligencia por andurriales malsanos. Y devolver al estudiante el sentido noble que inspira el desprendimiento y ase-*

gura la libertad de sus instintos generosos. Para conseguir esto será menester encauzar las enseñanzas económicas hacia la cooperación; dejar un poco esa metafísica de la Economía que se imparte desde las cátedras de nuestras Facultades y penetrar más en el obrar económico que se presenta en la vida permanentemente. Asignarle en el programa de Derecho Social o en el de Economía, un lugar prominentemente al sistema cooperativo. Porque, en estas cuestiones de la ciencia, si sólo se limitan sus enseñanzas a satisfacer curiosidades especulativas, nada se ha hecho. Hoy la ciencia por la ciencia no responde a ningún imperativo terrenal.

Las Facultades de Derecho, Agronomía e Ingeniería son las obligadas a impartir conocimientos fundamentales en materias económicas. Ninguno como el abogado está capacitado para comprender el significado trascendental de una economía racional. Las disciplinas que en la carrera de derecho se estudian, confluyen todas a perfeccionar la inteligencia y a urdir la sagacidad que da la visión clara para penetrar la trama de los derechos económicos. El abogado, fuera de ocuparse en la estabilización del orden jurídico, tiene en su prospecto de realizaciones un panorama universal de creaciones que perfeccionar. Porque la vida tiene múltiples dimensiones, en lo temporal y en lo eterno.

El agrónomo es uno de los profesionales que tiene campo más extenso para propender por el adelanto nacional. Se viene repitiendo con insistencia, y es una verdad, que la economía cooperativa es la única que aseguraría un porvenir fructífero a nuestra producción agrícola. Poseídos de esa evidencia, nuestros agrónomos copiosamente ilustrados sobre el significado de la cooperación, pueden desarrollar un plan de adoctrinamiento a los campesinos, mostrarles las conveniencias de la cooperación e indicarles la manera de formar las cooperativas. Los maestros rurales encontrarían en los agrónomos consejeros y colaboradores para el adiestramiento de los niños en sus granjas, igualmente, el agrónomo sería el árbitro que resolvería las diferencias suscitadas, y uniría las manos de la cooperativa escolar con la cooperativa agrícola. Nuestra industria cafetera organizada cooperativamente, como lo afirma José María García, tocaría las más altas cumbres de prosperidad. Resultado que podría obtenerse con un cuerpo de agrónomos fervorosamente compenetrados de las virtudes de la cooperación.

El ingeniero en la fábrica, en la empresa, en la carretera de penetración, tiene su puesto docente. Como realizador dispone de todos los elementos, conocimientos técnicos, inteligente división del trabajo, etc. Claro está, si conoce los principios económicos. Si en la facultad de ingeniería se propende por una enseñanza de economía cooperativa, el estudiante se humaniza y se empapa de la función social que la carrera de los números debe cumplir. Porque no puede pensarse, siquiera, que exista entre la sociedad una profesión u oficio que no tenga su función dirigida al bien social.

Es propio de la economía moderna el intrincamiento y la complejidad. Nada se resuelve en forma simple y con métodos sencillos. El obrar económico se difunde y entrelaza con un sinnúmero de cosas, que, casi sin comprenderlo, determinan hechos sorprendentes. Mas, la explicación de tal fenómeno fácilmente puede advertirse por la riqueza de ingredientes que juegan en el proceso de la economía actual. La industria, el comercio, la agricultura, con sus disímiles variedades; y la misma guerra con sus desquebrajamientos y hallazgos. Esta abundancia de facetas, cada una con su estilo y modalidad diferencial, hace que la economía que venía usándose hasta hoy sufra un cambio radical.

Las especies de tipos económicos requieren un sistema de intercambio que nazca y decline en una misma órbita; donde el ambiente proporcione unos mismos estímulos a las distintas actividades que integran el trabajo total de cada economía; llámase nacional o internacional. Lo anterior muestra que no

*se puede tener un sistema económico propio para nuestra hora, si no es el de la cooperación. Maritain así lo comprende cuando dice: "En el orden económico la comunidad de trabajo —para la nueva cristiandad de que hablamos— no se resolvería en la comunidad doméstica como en la Edad Media, ni tampoco en la contraposición de dos clases enemigas la una de la otra como en la Edad del Liberalismo Burgués, sino que constituiría —presuponiendo la liquidación previa del régimen capitalista— una forma institucional específica, que respondería a la asociación entre colaboradores de una misma obra".*

## La función social

La universidad fuera de la formación intelectual y moral de sus educandos, debe extender su influencia al marco social. Su empeño es de siembra y penetración en todas las capas sociales. Propender, en cuanto sea posible, por popularizar la cultura. La universidad "irradia o se muere", ha dicho con exactitud el doctor Félix Henao Botero.

Nosotros preguntamos: ¿Cuál es la influencia de la universidad colombiana en la organización social de nuestro tiempo? ¿Dónde existe una agrupación estudiantil que profundice en la investigación de sus estudios y los riegue más allá de los límites de su aula? Por todas partes se encuentran las quejas de nuestra deficiencia universitaria. Es reciente el caso de Medellín, de que se quejaba el Dr. Abelardo Arango, de no haber podido encontrar una persona competente que aceptara la gerencia del Almacén de Abastecimientos. De sus labios se desprendieron fuertes palabras contra la universidad por haberse convertido en fábrica de profesionales.

Es edificante el movimiento universitario en los Estados Unidos, en donde desde los años de 1932 y 1933 se agruparon cooperativamente los jóvenes para defenderse de las inclemencias de la crisis. Los estudiantes de mecánica, y agronomía de Texas han adelantado, como los primeros, este progreso de defensa económica; desde la fundación de un hogar cooperativo por doce corajudos muchachos, hasta contarse en el año de 1940 mil cooperadores alojados en sus propios hogares. Este ejemplo fué imitado en muchas regiones en donde la prosperidad ha redimido todas las dolencias. Los universitarios demostraron su capacidad para la lucha y su fuerza inventiva. Salieron de la rutina de receptores para formarse en pioneros de su mundo, comprendieron la teoría y la tradujeron en obras. Así, la universidad salió de madre. Los estudiantes crearon nuevos valores que en "profusión" copiosa recorren el mapa cultural de los Estados Unidos.

También en el Canadá, sobre todo, en las provincias marítimas la cooperación ha avanzado bastante. La universidad de San Francisco Javier, de Antigonish, está dando el ejemplo más estupendo y colosal de que se tenga noticia en la América. Es una universidad que se desborda por todas las comarcas y satura con sus enseñanzas las más apartadas regiones. Por medio de su Departamento de Expansión, las doctrinas derramadas desde la cátedra, llegan a todos los núcleos sociales. Los estudiantes difunden los conocimientos adquiridos en los claustros a todas las personas ávidas de saber; sin tener en cuenta razas, religiones, ni alcurnia social. En esta forma los problemas de la gente sencilla son resueltos por los universitarios y, muchas veces, no tienen que hacerlo, pues ya están ilustrados. Según la revista internacional del Trabajo, cuarenta mil personas están viviendo bajo el influjo protector de esta universidad. Tomamos de la mencionada revista estas líneas: "La instrucción de los adultos ha sido, en efecto, el principal impulso que ha tenido la cooperación en Nueva Escocia, y el sistema educativo implantado por el Departamento de Expansión de la Universidad de San Francisco Javier ha hecho uso en gran escala de folletos y libros y,

más especialmente, del método que consiste en formar a pequeños grupos de estudios —la Universidad del pobre como ha sido llamada con frecuencia— a los que todo vecino del pueblo puede acudir, una vez por semana, para discutir sus problemas y buscarles solución. Hay tres mil círculos de estudios actualmente organizados en la provincia de Nueva Escocia solamente, y el ejemplo se está extendiendo con rapidez a las regiones circundantes. Estos grupos estudian cuestiones económicas, financieras y bancarias; la compra y la venta de mercancías en cooperación; la producción y la distribución cooperativas. Son ayudados en su estudio por el párroco del distrito, o persona que tenga algún conocimiento de la materia de que se trate. Los estudiantes de la Universidad hacen viajes de estudio y práctica por los distritos durante las vacaciones de verano”.

Entre nosotros podía llegarse a una colaboración quizá tan completa como en el Canadá. En las ciudades populosas en donde existen varios establecimientos educativos, coordinar los programas de expansión y repartir el trabajo de acuerdo con las capacidades de los jóvenes. De modo que los que cursen en las Facultades donde se enseña economía, tengan la facilidad de entrevistarse con los obreros, con los empleados bancarios. Los estudiantes de medicina que pisen los barrios obreros tendrán en cuenta la oportunidad que se les brinda para ilustrar a los moradores sobre temas higiénicos. Estrechar relaciones entre la escuela primaria, secundaria y profesional por medio de conferencias y cursillos de extensión.

Una de las principales manifestaciones demostrativas de que se posee cultura, es la capacidad para elegir las diversiones. No es posible concebir en la juventud universitaria que se abandone a la pereza y al estatismo, cuando se dedica al descanso vacacional. Es alegre regocijo de la inteligencia buscar la diversión donde la vida se sumerge en deliciosas emociones y se siente el baño reanimador de nuevas experiencias. Las vacaciones del estudiante deben ser de desdoblamiento de sus conocimientos fecundos en la parcela de su pueblo, o en el ancho horizonte de su provincia. Mientras la pupila toma el autógrafo a todos los paisanos, el alma despliega el velamen de sus deseos, para que la voluntad enrute sus energías en beneficio de los desvalidos e ignorantes.

En Colombia podía efectuarse un mejoramiento de la cultura, aprovechando las vacaciones estudiantiles. En vez de dejar a la buena de Dios que el estudiante emprenda el camino de la casa, muchas veces a captar sufrimientos, por la pobreza y miseria de su familia, mejor sería que la Universidad, en colaboración con los Colegios y Liceos provincianos, enviara a los alumnos, organizados en círculos de estudio, a todas las regiones de los departamentos. Los trabajos preparados en el curso de seminario, que sean adaptados a los conocimientos del joven provinciano, enseñárselos en forma cordial y sin soberbia ciudadana. Para que se vea por los niños de nuestros pueblos que la ciudad no se levanta contra el campo y la aldea como un reto, sino como campanario que repica el Angelus de la unión.

Para hacer más eficiente la labor de los universitarios en esas expansiones culturales, los concejos de cada pueblo ayudarían con recursos para hacer cómoda la estada de los visitantes; igualmente todas las personas acomodadas abrirían sus casas a los correctos y distinguidos portadores de la verdad científica. El Ministerio de Educación podía dictar una resolución para que las vacaciones de los colegios y demás establecimientos se llevaran a cabo en época distinta a la ordenada para las capitales, a fin de dictar pequeños cursos de cooperación e ilustrar a los jóvenes en los problemas de mayor interés que se debatan en la universidad. En esta forma la educación arroparía todo el país y la Universidad cumpliría su función.

No debe ser la universidad una entidad extraña a la política de Estado, entendido por ésta, el conjunto de principios y reglas que dan la programática al gobierno de las naciones. Antes debe estar alerta y en vigilancia permanente oteando las dificultades y proponiendo prospectos de realizaciones y modificaciones posteriores. Esta clase de política es la que conviene y requiere la universidad, porque ella es la gran célula germinal en que bulle todo lo que a la Patria es caro y sustantivo.

La afluencia de ideas que van cincelandó la personalidad del estudiante hasta darle completa realización, no hay que dejarla contaminar con el torbellino de flajas inclinaciones que irrumpen de la vida gregaria y animal del comité político. Nada más destructor de la bondad y el desinterés del joven que la prematura intervención en la política de partido. Principia por ariscar el oído y la envidia entre los compañeros, alejarse de los libros y de sus deberes, a euseñarse al triunfo fácil, a la posición representativa que no está respaldada por los conocimientos y las ideas medulares; para terminar en el fracaso haciendo uso de componendas y malabares indecorosos. El político que ha nacido y madurado en este proceso es el que nunca seguirá una doctrina por sus dogmas, sino por el hilo negro de los odios". Con razón afirmó Caro: "Los partidos políticos en Colombia son odios hereditarios".

Los estudios universitarios capacitan para discernir con juiciosa inteligencia los postulados políticos, sin dejar descarriar los instintos afectivos que se aferran a cualquier manifestación sin importancia; o se quedan en el viejo cascarón de una tradición caduca. Este último peligro es el que con más frecuencia aparece. La juventud se abandona a lamer y a medrar, cuando es el caso, en los descascarados platos de un presupuesto público y vuelve la espalda a los acontecimientos de su tiempo que piden otros sistemas y tácticas diversas. Ortega y Gasset señala esa juventud así: "Prefieren servir sin fe bajo una bandera desteñida, a cumplir el penoso esfuerzo de revisar los principios recibidos, poniéndolos a punto con su íntimo sentir. Lo mismo da que sean liberales o reaccionarios: en ambos casos son rezagados. El destino de nuestra generación no es ser liberal o reaccionaria, sino precisamente desinteresarse de este anticuado dilema". Y más adelante el mismo autor aconseja a la mocedad estudiosa: "Nuestra generación, si no quiere quedar a espaldas de su propio destino, tiene que orientarse en los caracteres generales de la ciencia que hoy se hace, en vez de fijarse en la política del presente, que es toda ella anacronismo y mera resonancia de una sensibilidad fenecida. De lo que hoy se empieza a pensar depende lo que se dirá en las plazuelas".

Esta dolencia de nuestros días, en que se quiere tomar al estudiante como herramienta política, es la más descabellada empresa que puede acometerse. Los educadores deben levantarse contra esta amenaza y en defensa de la recta educación. Ya se han erguido voces autorizadas para mostrar a la juventud que la política banderiza, en el período universitario, es contraproducente para la formación. Así lo afirmaba el doctor Félix Henao Botero. ¿Y cómo librarse de esta influencia perniciosa? ¿En qué forma suavizar el temperamento pugilístico del joven? ¿Qué disciplinas imponerle para darle reciedumbre a su personalidad? Ninguno de los métodos tradicionales es aplicable. Intentar su reforma y dirección con ellos es caer de nuevo en el fracaso de idealismos torpes. Sólo la cooperación universitaria resuelve el problema.

La vida de la cooperativa universitaria, donde las ideas directrices de la universalidad y servicio se destacan de continuo, mostraría a los educandos sus facultades para abocar los obstáculos imprescindibles. Enseñaría sobre esquelos reales la anatomía del pensamiento aconómico. En la administración de la cooperativa aflorarían las discusiones en una cima de comprensión y respeto. La

norma sacra de la libertad, siempre puesta de presente, iluminaría los espíritus para que la tolerancia y la solidaridad flamearan sobre la intransigencia y el egoísmo.

*Una generación educada, en todo el decurso de su carrera, en el ambiente de la cooperación, nunca se prestaría en la actuación pública a servir los intereses del despotismo, o a propiciar el desquiciamiento de las instituciones. El hombre, así formado, daría a la patria sus más preciadas cosechas y miraría las creencias de sus conciudadanos, como partes integrantes de sus propias vidas que a nadie es dable descoyuntar. Los quehaceres cooperativos despertarían en cada persona la vocación de servicio que, en lo político, es la más noble virtud que puede poseer un gobernante. "Gobernar es servir".*

*La educación política en estos pueblos tropicales la consideramos como una de las mayores necesidades para asegurar el porvenir democrático de América. Si en Colombia tenemos la más pura cultura política del continente, se debe a la convivencia de todos en nuestros planteles de educación. En el colegio del Rosario, por ejemplo, se educaron promociones de ideas heterogeneas, pero a la luz de la antorcha tomista, las almas se hermanaron, y en cada sorbo de cultura clásica la ecumenidad abrazó los corazones. Esa colaboración intelectual, aunque imperfecta, es la que nos da casos ejemplares como de un Sanín Cano recogiendo el postrer suspiro de su enemigo político Guillermo Valencia. En la universidad cooperativa no sólo serán amigos los de superior inteligencia, sino cuantos conrivan la techumbre de su fraternal alero.*

Carlos Mario Londoño

Medellin (Colombia) 17 agosto de 1944.

## UN AÑO DE VIDA

c u m p l e

# "SOLIDARIDAD"

REVISTA SOCIOLOGICA Y DOCTRINARIA ARGENTINA EN LA QUE COLABORAN LOS MAS DESTACADOS PENSADORES CATOLICOS.

SUSCRIBASE:

Administración: SARMIENTO 412

U. T. 71 - 8090

# OBRAS NUEVAS:

PADRE NUESTRO, por Monseñor Tihamer Tóth. Un volumen de 295 páginas . . . . . \$ 6.—  
VENGA A NOS EL TU REINO, por Monseñor Tihamer Tóth. Un volumen de 280 páginas . . . . . \$ 6.—  
PRENSA Y CATEDRA, por Monseñor Tihamer Tóth . . . . . \$ 6.—  
FRENTE A LA REBELION DE LOS JOVENES. (Nuevas Orientaciones para la educación religiosa de la juventud), por el P. Daniel A. Lord, S. J., con un prólogo del P. Hernán Benítez. Un volumen de 212 páginas . . . . . \$ 4.50  
FORMACION DE SELECTOS, por el P. A. Ayala Alarcó (2ª edición). Un volumen de 466 páginas enc. en tela \$ 6.—  
INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA, por San Francisco de Sales. Un volumen de 450 páginas, enc. en tela .. \$ 5.—  
SANTA CATALINA DE SIENA. La Novia de Cristo, por Johanne Jørgensen. Un

volumen de 575 páginas, encuadernado en tela . . . . . \$ 8.—  
SAN PABLO. El Apóstol de las Gentes. Por Fr. Justo Pérez de Urbel. Un volumen de 477 páginas, encuadernado en tela . . . . . \$ 6.—  
DE LA IMITACION DE CRISTO Y MENOSPRECIO DEL MUNDO, por Tomás de Kempis. Un volumen de 475 páginas, encuadernado en tela . . . . . \$ 5.—  
NORMAS MORALES DE EDUCACION SEXUAL, por Hardy Schilgen (2ª edición), publicado en la Colección "Apostolado Moderno" . . . . . \$ 1.50  
OBRAS ESPIRITUALES, de San Juan de la Cruz (2ª edición), publicado en la Colección de Clásicos Católicos, dos tomos, encuadernados en tela . . . . . \$ 12.—  
DEBER Y ENSUEÑO. La mujer cristiana en la vida moderna, por María Sticco, publicado en la "Biblioteca de la mujer católica", en cartóné . . . . . \$ 5.—

*Estos libros se encuentran a la venta en todas las librerías católicas o en la*

**EDITORIAL POBLET**

CORDOBA 844 ● U. T. 31 - 4595 ● BUENOS AIRES

# SAN-BRA

La botella con Soda  
SIN CABEZA

*Que se transforma en sifón  
al servir en su mesa*

**San-Bra, S. A.**

Luis M. Campos 831

Buenos Aires

Si usted se ha resuelto a vestir con elegancia acuda a la

# Casa Hollywood

donde encontrará la

"FAJA HOLLYWOOD"

- la que más reduce
- la que menos molesta
- la única que no se sube

y tenga en cuenta que esta faja es un invento argentino de casa argentina.

Única casa de venta:  
SANTA FE 1693 — Buenos Aires

U. T. 41 - 4670

Pida en los quioscos o a su diariero el folleto:

# “Varsovia en llamas”

de

ENRIQUE BENITEZ DE ALDAMA

Dice en el prólogo **Monseñor Gustavo J. Franceschi**

*“En una de las horas más dramáticas de la historia secular de Polonia, cuando después de un mes y más de resistencia los patriotas del general Bor se ven obligados a retirarse bajo la presión alemana, sin que el ejército ruso, situado a veinte kilómetros de distancia, haya querido enviar siquiera alimentos a estos héroes, llega a mí un escrito, compuesto casi exclusivamente de documentos cuya autenticidad no puede ponerse en duda.*

*El 30 de enero de 1939 el Sr. Adolfo Hitler decía en el Reichstag: “hace 5 años hemos firmado el pacto de no agresión con Polonia. En la hora actual apenas se hallaría una divergencia de opinión entre los verdaderos amigos de la paz acerca del valor de este instrumento. En el curso de los meses inquietos del año pasado la amistad germano-polaca mostró ser uno de los factores de apaciguamiento de la vida europea”. Siete meses después, sin que hubiera cambiado una sola circunstancia exterior, cinco ejércitos alemanes invadían el 1º de septiembre Polonia, y al cabo de un mes, unido en una misma acometida a Rusia con quien había combinado un ataque convergente, el mismo Hitler exclamaba en el Reichstag: “Polonia ha sido barrida de la carta geográfica”. He aquí en dos frases, todo el drama contemporáneo.*

*Tarde o temprano toda injusticia se paga, y las cometidas con Polonia en la hora actual son innumerables. El presente folleto trae algunas y no vacilo en decir que la mínima parte. Ellas bastan para horrorizar todo corazón no corrompido. Es muy posible que al final de la guerra quede otra vez Polonia disminuida. Será entonces como el grano de trigo de que nos habla la Escritura, que cae en el surco y parece morir en él, pero del que nace mies abundante. El pasado me da confianza en el porvenir. Y repito aquí las palabras del carmelita Marcos Jandolowicz, fundador de los Caballeros de la Santa Cruz: “Oh Polonia, debes primero caer en polvo; pero como el ave del sol renacerás de tus cenizas, y tu espíritu se convertirá en la luz y ornamento de Europa”.*

50 páginas densas y documentadas sobre la misteriosa tragedia por que atraviesa Varsovia y Polonia.

Solicítelo a

**SOLIDARIDAD**

Sarmiento 412. Piso 1º

Capital Federal



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01471 6932

FOR LIBRARY USE ONLY

用印 2005

